



LA ESPOSA DEL CORONEL.

Si los partidos políticos en que se divide España tuvieran la paciencia, una vez puestos de acuerdo, de hacer una estadística en la que constara el número de víctimas que el orden y el desorden han hecho en la madre patria, el estudio sería tan horroroso, que casi podría asegurarse un porvenir de paz y de tranquilidad para la patria, si el carácter español, revoltoso y levantisco como el americano, no fuera impedimento constante de la calma necesaria para la prosperidad de un pueblo.

Unas veces en nombre del orden amenazado, otras veces en nombre de la libertad deprimida, la nación española no ha cesado de vivir en guerra; y aquí es oportuna la observación que los mismos españoles han podido hacer en diferentes ocasiones. Suelen faltar jornaleros para trabajos materiales en la construcción de vías férreas; ha habido necesidad de recurrir al extranjero en busca de brazos; los oficios mecánicos cuentan con poderosos auxiliares extranjeros en los talleres españoles; pero siempre que se ha tratado de hacer barricadas, de levantar partidas, de lo que se llama en el idioma vulgar *andar á tiros*, siempre ha habido gente dispuesta y útil para el caso. Esto, que sería laudable en caso de invasión extranjera ó de defensa nacional, es verdaderamente horrible tratándose de un cambio de sistema político interior, cambio que, una vez realizado, nunca es el deseado por la mayoría del país. La oposición es siempre la misma, porque el país ama la oposición, porque la docilidad y la aprobación son cosas desconocidas ó que redundan en desdoro de la altivez, prenda indispensable á todo descendiente de Pelayo y del Cid y de Don Quijote. Los campos de España están yermos en su mayor parte, y han de estarlo más si la educación no dulcifica el carácter, porque no es riego adecuado la sangre ni puede fructificar el llanto.

A mediados del mes de Octubre de 1866 recibí una carta de un antiguo amigo emigrado en París á consecuencia de la sublevación del 3 de Enero. Era amigo y compañero del general Prim: la retirada de éste á Portugal le había alejado de Madrid, donde tenía su familia, y vivía en la mayor estrechez en la capital de Francia.

Seguro estaba yo, y él también, de que Prim entraría triunfante en Madrid, y de que él, que á

la sazón era capitán, sería en el nuevo orden de cosas teniente coronel, por lo ménos; pero entre tanto, la necesidad apretaba, las comunicaciones con su mujer y sus dos niños eran difíciles, si no imposibles, y el capitán no sabía una palabra de la capitana ni de los dos generales. Él, liberal, altivo, noble é incapaz de humillarse por nada ni por nadie, vivía en París pidiendo dos ó tres francos á todo el que hablaba idioma que él entendía; y el Gobierno que había entonces en España, severo defensor del orden y de la propiedad y salvaguardia de la población pacífica, le abría todas las cartas que dirigía á su mujer, se enteraba de ellas, las rompía y quemaba, y hasta se perdieron por culpa de no sé quién quince duros que el infeliz pudo reunir y enviar á la señora en una letra, dentro de una carta de aquellas.

En este estado las cosas, si cosas pueden llamarse, me escribió una carta, parecida á esos artistas ecuestres que á la vista del espectador se quitan treinta chalecos diferentes. Para que el Gobierno de entonces no se quedara con la carta, mi amigo la encerró en siete ú ocho sobres, siendo el de debajo para mí, y los demás para otras tantas personas cuyos nombres no infundieran sospechas en correos. Todavía existían entonces siete españoles que no fueran sospechosos. Si tarda en escribirme dos meses, no recibo la arropada epístola furtiva.

Decía así:

«Queridísimo amigo: No sé si esta llegará á tus manos, porque tal es la saña que el Gobierno desata contra nosotros, que estamos casi incomunicados con todo correligionario y amigo. Te escribo para que me hagas el favor de pasar por la calle de Lope de Vega, número ***, donde vive ó vivía hace dos meses mi señora, de la cual hace tres meses ya que no tengo noticia ninguna, ni de mis chiquitines; y en nombre de nuestra antigua amistad, te suplico les favorezcas en su apurada situación como puedas, si la tuya es mejor que la mía, que no puede ser peor. También te suplico...» Y aquí seguía una porción de encargos y recomendaciones cuya relación no viene á cuento.

Grande y penosa impresión produjo esta carta en mi ánimo, pues además de que, caso de encontrar á la pobre señora, no podía yo entonces ayudarla más que á sentir sus penas, era aquella una época para mí en extremo azarosa. Fué por aquel entonces cuando el actor Arderías, acabada la represen-

tacion de una de mis obras y pedido el nombre del autor por el público, salió á la escena, se adelantó hasta el proscenio, y con esa encantadora frescura que Dios y el público le han concedido, dijo á los señores: «*El autor de la obra que hemos tenido el honor de representar no puede presentarse al público, porque está escondido huyendo de la policía.*» Con lo cual, dicho así sin más explicacion, algun espectador pudo creer que el autor habría robado alguna capa.

Aprovechando la oscuridad de la noche, y viendo un guardia civil en cada transeunte, me dirigí á la calle de Lope de Vega en busca de la casa en donde debía habitar la mujer del emigrado mi amigo, y despues de preguntar en diez ó doce porterías, dí con la vivienda, que era de pobre aspecto. Abierto estaba el portal y oscura la escalera, y subiéndola á tientas y manoteando como si pronunciara un discurso, por si acaso había algo con que tropezar, llegué á la puerta del cuarto principal, que estaba entornada.

Di dos golpes con los nudillos de la mano para llamar, y á poco abrió la puerta un muchacho, delgadísimo y mal vestido, que me preguntó á quién buscaba. Detrás de él vino una mujer ordinaria, con un pañuelo en la cabeza, andando de puntillas y hablando en voz baja. Repitió la pregunta del muchacho, y dije yo entónces el objeto de mi visita, en tanto que llegaba un segundo chico, más alto y más flaco aún que el primero y con cara de haber llorado.

Grande fué el asombro de la mujer aquella, y no ménos su llanto al oirme; y con palabras muy de plazuela, pero muy conmovedoras, me dijo que no me podía figurar á qué mal tiempo llegaba.

Cogióme en seguida por la mano, y haciéndome andar un largo pasillo, al final del cual había una puerta por debajo de la que se veía mucha luz, me llevó hasta ella, y abriéndola señaló hácia adentro sollozando y diciendo:

—¡Ahí tiene usted á mi pobre señorita de mi alma!

En medio del cuarto había una mesa cubierta con una colcha de flores, y sobre ella una caja de muerto. Dentro estaba de cuerpo presente la mujer de mi amigo, y cuatro velas amarillas le daban luz de limosna.

Ya no pude resistir á la pesadumbre, y al ver llorar á la criada y á los dos niños, hambrientos y demacrados y medio desnudos, rompí yo á llorar también como si aquella familia fuera la mia. Y me acordaba de haber visto un año antes á aquella mujer jóven, y bonita, y elegante, del brazo de su marido, y á los niños alegres y bien vestidos, correteando alegres y bulliciosos; y pensaba que no tenía valor para escribir al emigrado lo que había pasado en su casa; y me aterraba la idea de que aquella jó-

ven, llena de vida, y de hermosun y de virtudes, había muerto, segun confesion de os vecinos, de pena y *de hambre*; y mientras me aleaba de allí con el corazon oprimido y el alma traspasada, pensaba, recorriendo las calles sin direccion fija y como loco:—Pero, Señor, ¿vale la pena de legar á coronel, ni á brigadier, ni á general, ni á ministro, ni á arzobispo, ni á rey del mundo..... y de un mundo como este?

EUSEBIO BIASCO.

LA POESÍA HORACIANA EN CASTILLA.

(Conclusion.)

XIII.*

Á fines del siglo pasado manifestóse en Granada alguna actividad literaria, llegando á constituirse una especie de centro, que, como era de rigor en aquellas calendas, se bautizó con el nombre de *Escuela granadina*. Los primeros ingenios que allí florecieron no se levantaban mucho de la medianía, y sólo brillaron en el género festivo, tan congénere á la índole juguetona y chancera de los andaluces. Las *Sátiras de Amato Benedicto*, ó sea el canónigo D. Antero Benito Nuñez, apenas merecen que nos detengamos en ellas. Algo más valen las poesías de D. José Vicente Alonso, autor del célebre sainete *Pancho y Mendrugó*. Hizo Alonso algunas odas horacianas, que no le dieron por cierto ni le darán tanto nombre como ese ingenioso *desgarro* dramático. No carecen, sin embargo, de elegancia en el lenguaje ni de fluidez en la versificacion (1).

Tras estos débiles comienzos fué cobrando fuerzas la *Escuela*, que produjo al cabo dos eminentes literatos, Búrgos y Martínez de la Rosa. Del primero, como traductor, queda hecho en su lugar el correspondiente elogio. Pero aquí es justo añadir que dejó, aunque pocos en número, preciosos versos originales, casi siempre horacianos. Las odas *A la razon* y *Al porvenir* se distinguen por la alteza de las ideas y por la exquisita pulcritud de la forma. El tono es más didáctico que lírico, como de quien *piensa* más que *siente* lo que canta:

¿Mas no hará, por ventura,
El opresor hundido
La condicion del hombre ménos dura?
No, no: reemplazarán déspotas ciento
Al déspota caído.

* Véanse los números 176, 177, 178 y 179, págs. 37, 68, 109 y 133.

(1) Se han impreso por primera vez en el tomo III de *Líricos del siglo XVIII*, donde pueden verse.

Vario el disfraz, distinto el instrumento
Será de los rigores;
Mas siempre habrá oprimidos y opresores.

En la oda *Al porvenir* cantó de esta suerte Búrgos los progresos psicológicos, materia difícil de poner en verso:

Y el arcano eminente
Arrancará á natura
De las funciones de la humana menté:
Cómo al lodo el espíritu se apegá,
Quién le une, cuándo, dónde: de qué suerte
De la materia inerte
Afecta la impulsión al alma pura;
Cómo, al contrario, á la materia ciega
El espíritu imprime el movimiento
Y quién bastó á ordenar tanto portento

Obsérvese la feliz eleccion de expresiones, y el esmero en los cortes rítmicos. Era Búrgos versificador acendrado y numeroso. Sus odas *A la constancia* y *A la primavera*, inferiores á las dos ya citadas y á la *De los progresos de la industria*, que no es horaciana, tienen lindísimas estrofas. La primera es imitación directa del *Justum et tenacem*:

No del varon constante
Turba la paz, de Marte el grito horrendo,
Ni el piélagó bramante,
Ni el pavoroso estruendo
Del ronco trueno en derredor rugiendo...

Martínez de la Rosa distinguióse como traductor de la *Poética* horaciana, que además imitó en la suya original, por primera vez impresa en 1827. No es una epístola como la dirigida á los Pisones, sino un poema didáctico del corte de los de Vida, Boileau y Pérez de Camino. Las doctrinas estéticas y críticas expuestas en el libro de Martínez de la Rosa eran no poco atrasadas, dada la fecha en que se publicó y la especial situación del autor, que le ponía en condiciones de seguir el movimiento literario extranjero. Fué, sin embargo, espectador casi indiferente, y sólo más tarde modificó, y no en pequeña parte, sus rígidas opiniones, sobre todo en lo relativo al *drama histórico*, merced á la lectura de Schlegel y de Manzoni, que es singular no hubiese hecho ántes. El *Curso de literatura dramática* y la *Carta sobre las unidades de lugar y tiempo* eran ya conocidos y comentados por críticos españoles tiempo ántes de imprimir Martínez de la Rosa la *Poética* (1). Por lo demás, este poema es tan cono-

cido y estimado, que no parece necesario detenerse en su recomendación ni exámen. Presenta, sin originalidad alguna, aquel carácter de modesta elegancia, propio de todas las obras de su autor, y cuando recuerda en son de elogio algún pasaje de la musa antigua, lo hace con riqueza de frases, lozanía y desembarazo. En su doctrina no insistimos, reservándolo para la historia de *La Estética en España*.

Algunas de las poesías sueltas de Martínez de la Rosa son horacianas, especialmente las epístolas. Mas debe contarse aparte, por el género y porque en ella se levantó mucho el poeta sobre su nivel ordinario, la hermosa carta elegíaca *Al duque de Frias en la muerte de su esposa*.

El estro propiamente lírico de Martínez de la Rosa no era grande. Los coros del *Edipo* es lo que ménos carácter antiguo tiene en aquella preciosa tragedia. Más animada y clásica es *La Novia de Pórtici*.

XIV.

Grande es, como se ve, el número de vates más ó ménos horacianos en la generación literaria nacida y educada en el siglo pasado ó en los primeros años del presente. Ahora tal vez conviniera hacer sucinta memoria de muchos de segundo, tercero y cuarto orden que en el largo período que hemos recorrido florecieron, y que por su mediocridad é insignificancia, ó por no tener oportuna cabida en las diversas escuelas y grupos literarios, han ido quedando olvidados en los capítulos anteriores. Me limitaré á los nombres ménos oscuros.

Cítase generalmente, y con razón, como tipo del más flojó y desmadejado prosaismo, al virtuoso eclesiástico D. Francisco Gregorio de Salas. En su égloga *Dalmiro y Silvano*, un pastor lee á otro una imitación, no de todo en todo mala, del *Beatus ille*:

Feliz el que apartado
Del mundo y su bullicio,
Como en siglo dorado,
Vive en el ejercicio
De uncir los propios bueyes,
Dando á sus campos saludables leyes...

Doña María de Hore, poetisa gaditana, apellidada por su belleza *La Hija del Sol*, dió culto á las musas profanas, ántes de entrar en religion. Hay entre sus poesías una agradable oda *A la luna*, bastante horaciana, aunque débil en la expresión:

Bellísima Diana,
Que en sólio luminoso,
De tu tálamo odioso

(1) Véanse *El Europeo*, de Barcelona, y el estudio manuscrito de Herrera Bustamante sobre Shakspeare.

Libre te ves y ufana,
 Compadece el pesar que á mí me afana.
 Tú puedes desde el cielo
 En el Látmio encumbrado
 Ver el pastor amado
 Que causa tu desvelo
 Y á mí me priva amor de este consuelo...

De otras dos poetisas, doña María Helguero y Alvarado, abadesa de las Huelgas, y doña María Rosa Galvez, pudiéramos citar algunos versos medianos, imitación de los imitadores de Horacio.

Poco pierde mi lector en no conocer las obras poéticas del P. Basilio Bogiero, de las Escuelas Pías, glorioso mártir de nuestra independencia en el sitio de Zaragoza. Algun rasgo horaciano hay perdido en sus pobres y descoloridos versos.

No son mucho mejores los de D. Angel Casimiro Govantes, caballero riojano, distinguido en el foro y en la política. Tiene algunas odas con pretensiones de *leontinas*. Como escribía y versificaba este autor, mostráranlo dos estrofas de la oda *A Licinio*:

El palacio sumptuoso
Es del incauto vulgo admirado (sic)
 Y le hace deseoso
 Aquel fastuoso estado
 Del rico en mil pesares anegado...
 Siempre teme borrasca
 El mercadante atento á sus baxeles,
 Y si el barco se *casca*,
 Licinio, no consueles
 A quien dará su cuello á los cordeles...

No basta el estudio de Horacio ni el de Fr. Luis de Leon para hacer poeta lírico al que carece de la *materia prima*.

D. José Mor de Fuentes era literato docto, aunque estrafalario y de singulares opiniones. En sus poesías, que son innumerables y valen poco, hay muchas odas y epístolas imitadas de Horacio. Al frente de su edición de las odas del Venusino, publicación que honra sus talentos filológicos, hay una epístola al mismo Horacio, imitada, y no mal, de la célebre composición de Voltaire al mismo asunto. Ha de prescindirse siempre de los resabios propios del estilo de Mor:

Allí el rauda volar del tiempo aciago
 Que en pos se lleva nuestro sér mezquino,
 La guadaña infernal de la impía muerte
 Que al par hacina reyes y mendigos,
 Alternan con la plácida frescura
 Y almo sosiego del Eliseo Tibur,
 O bien con los donaires lisonjeros

Que á tus ninfas repartes *de continuo*,
 Ya celebres la amable travesura
 De tu Lidia en el diálogo festivo,
 De tu Glicera ya el matiz rosado
 Que bulle todo en mágico atractivo,
 Ya de Lálage hablando el dulce halago,
 De Lálage riendo el tierno hechizo.
 De Régulo tal vez al cielo subes
 El sobrehumano, indómito heroísmo, etc.

D. Manuel Cortés, ya citado como traductor, merece poca estima en concepto de poeta horaciano. Son de cortísimo valor las tres odas suyas que pueden reducirse á ese género.

Basta de revolver huesos de poetas olvidados. Pero ántes de decir adios á la generación literaria del siglo XVIII, recordemos los nombres de tres escritores estimabilísimos que pueden considerarse como los últimos representantes de esa época literaria. Los tres han vivido casi hasta nuestros días, y los tres eran jurisconsultos.

D. Juan Gualberto Gonzalez perteneció al grupo de traductores y preceptistas que, como Sanchez Barbero, Estala, Hermosilla, Perez de Camino, Castillo y Ayensa, Búrgos y Martinez de la Rosa, determinaron en España un movimiento humanístico muy señalado durante el primer tercio de esta centuria. Las traducciones de Gonzalez son modelos de precisión y exactitud. Pero como poeta original dejó poquísimos versos, y estos medianos.

Merece citarse su oda elegiaca á la muerte de una señora de Guatemala:

Ya no existe, Castálio: nuestros ojos
 No verán ya la lumbre de los suyos,
 Ni el rostro placentero, ni la risa
 Celestial de sus labios,
 No las mejillas de jazmin y rosa,
 Ni el copioso manojo de sus negros
 Y nítidos cabellos coronando
 La blanca y tersa frente.
 Ni las sutiles manos discurriendo
 Por los tonos del cimbalo sonoro,
 Representar el trueno, el rayo ardiente
 Y las áuras fugaces,
 No ya su voz expresará el despecho
 De la madre de Nino, ni el suplicio
 De la Madre mejor, con quien sus penas
 Cantando dividía... etc.

D. Manuel Silvela, constante amigo y Providencia de Moratin en sus últimos años, imitó á Inarco en sus poesías sueltas, y hasta escribió, á ejemplo de la epístola *Á Andrés*, contra el neologismo salmantino. Ha dejado más fama como prosista.

D. Eugenio Tapia, bibliotecario que fué de la Na-

cional, cultivó mucho, y no infelizmente, la sátira, más en la cuerda de Horacio que en la de Juvenal. Muchos de sus versos son de circunstancias políticas y literarias y han perdido buena parte de su interés, pero los hay fáciles y graciosos.

Lista elogió mucho en *El Censor*, periódico de 1821, las dos sátiras *Del café*, y *De la holgazanería*. En Tapia y en algunos otros satíricos de ese tiempo parece notarse la huella de Parini, á quien también conocía y estudiaba Moratin el hijo. Andando el tiempo, compuso Tapia otras sátiras aún más dignas de aprecio, especialmente una en esdrújulos contra los dramas románticos:

No puedes figurarte, amado Próspero,
Cuánto me place el género dramático,
Cuando se anuncia al respetable público
Por la primera vez nuevo espectáculo...

Del mismo Tapia es una imitación de la *Epístola desde el Paular* de Jove-Llanos, bien pensada y escrita, aunque harto inferior á la del insigne patriota asturiano.

Fáltanos decir algo del *horacianismo* en la literatura contemporánea.

XV.

Muchos de los escritores, en los capítulos precedentes anotados, fueron testigos de la revolución romántica, y aún cedieron en alguna parte á su influencia, ya en la teoría, ya en la práctica. No es fácil conservar unidad de principios y de miras en épocas de confusión literaria.

El *romanticismo*, ó lo que así se denominó con bastante inexactitud, no era sistema completo, uno y consecuente en sus partes. Procedía, al contrario, de muy diversos orígenes, pero las tendencias distintas y aún opuestas habían llegado á confundirse en una poderosa corriente de oposición al falso clasicismo que dominaba en Europa hacia siglo y medio. Los apóstoles de la nueva idea en España confundían en su admiración doctrinas y autores nada semejantes, y á veces bien poco románticos, aunque tampoco *clásicos* en el sentido que se daba entonces á esta expresión. La época constitucional del 20 al 23 ofrece algunos síntomas de evolución en las ideas críticas. Antes de ese tiempo habían influido entre nosotros, preparando el campo á la generación nueva, el falso Ossian, el Shakspeare disfrazado de Ducis, y el amor, erudito más bien que estético, de algunos curiosos á las glorias de nuestra antigua escena. Si á esto se añaden las doctrinas críticas, ya bastante libres y propensas al trascendentalismo de Berguizas y de Estala, los felices atrevimientos del abate Marchena, y el aplauso y boga que alcanzaron en los primeros años del

siglo las obras de Chateaubriand, las de Mad. Stael y algunas de Goethe como el *Werther*, ávidamente leídas en España á pesar de los sucesos políticos y militares que entorpecieron el curso de los estudios desde 1808, no ha de admirarnos que en 1823 compusiera ya Trueba y Cosío un drama del todo romántico, la *Elvira*, y que el mismo año, en Barcelona, apareciera una revista, *El Europeo*, cuyos redactores, Aribau y Lopez Soler, abrazaban ya, casi francamente, las doctrinas de Guillermo Schlegel, cuyo *Curso de literatura dramática* corría traducido al francés desde 1811. Byron y Walter-Scott comenzaron á ser trasladados al castellano, aunque por fragmentos. Desde el año 24 al 32 fué grande la postración intelectual de la Península. Pero la emigración durante ese período sirvió de saludable y eficaz estímulo á muchos ingenios que de otra suerte quizá hubieran tardado en romper los lazos de escuela. Trueba y Cosío, con sus novelas y dramas ingleses; Herrera Bustamante, reproduciendo la crítica de Schlegel sobre Shakspeare; los *Ocios de Españoles emigrados* abriendo la puerta, aunque con timidez, á los nuevos sistemas; dos editores de Barcelona y de Valencia vulgarizando las novelas históricas de Walter-Scott y de Manzoni, algunas bien, otras pésimamente traducidas; Lopez Soler, plagiando el *Ivanhoe*, y por último, D. Agustín Durán, con la primera publicación de sus *Romanceros* y con el discurso *Sobre el influjo de la crítica moderna en la decadencia del teatro español*, objeto asimismo del entusiasmo de Bolh de Faber, abrieron camino día tras día al *romanticismo* en dos de sus formas capitales. Al cabo apareció una obra de genio, *El Moro Expósito*, y un trozo de crítica en todo moderna, su prólogo. Al año siguiente (1833), penetró triunfante en España la falange innovadora, más enamorada, en general, de Víctor Hugo que de los ingleses y alemanes. Vino en pos una época de arrebatada producción y de desorden, en que las ideas literarias se confundieron, y en que á vueltas de buen número de obras muy apreciables, en especial dramáticas, aparecieron monstruosas aberraciones. La exageración trajo al fin el cansancio, y el *romanticismo* pasó á la historia, no sin dejar copiosos y sazonados frutos. En su dominio breve y turbulento, dividióse aquella *escuela* (si tal puede llamarse) en dos bandos claramente distintos, el *romanticismo histórico nacional* de que fué cabeza el Duque de Rivas, y el *romanticismo subjetivo ó byroniano*, que muchos llaman *fisiológico*, cuyo corifeo fué Espronceda. No eran los tiempos muy acomodados para poesía *horaciana*. Pero no cabe olvidar que los autores más distinguidos de los dos grupos indicados venían del campo clásico, en el cual habían hecho, no sin fortuna, sus primeras

armas. El Duque de Rivas, imitador de Quintana y de Gallego en sus primeros cantos, fué más tarde *horaciano* puro en las bellas odas *A las estrellas* y *Al faro de Malta*, aunque con inspiración propia y briosa:

Y tú invisible te alzas, en tu frente
Ostentando de fuego una corona,
Cual rey del caos que refleja y arde
Con luz de paz y vida...
Viéronla como yo los marineros,
Y olvidando los votos y plegarias
Que en las sordas tinieblas se perdían,
Malta, Malta, gritaron...

Espronceda dejó no versos *horacianos*, pero sí hermosos versos clásicos en el himno *Al sol*, en la elegía *Á la patria* y en los fragmentos del *Pelayo*. Y más tarde, aún en medio de sus mayores audacias de pensamiento, respetó los fueros de la lengua y del estilo poético, mereciendo que Lista le reconociese siempre por fiel discípulo suyo. En cambio, la segunda generación *romántica*, representada especialmente por Zorrilla, conculcó lengua, versificación y todo, como nacida en el desorden revolucionario y no en la rígida disciplina donde se había educado la primera.

Atravesaron este período tumultuoso, participando de sus influencias, pero sin rendirse del todo á ellas, varios escritores que pudiéramos llamar *eclécticos*, señalados algunos en la poesía lírica más ó menos *horaciana*. Pertenecen á este número el ilustre duque de Frias; Gil y Zárate, poeta bastante mediano en sus tres odas patrióticas *A la amnistía*, *A la libertad* y *Al sitio de Bilbao*; Abenamár (don Santos Lopez Peregrin), satírico alentado y de bríos, pero lírico de valer escaso; D. José Joaquín de Mora, más célebre por sus preciosas *Leyendas Españolas* que por el voluminoso tomo de sus versos líricos, elegantísimos, pero de carácter poco acentuado; Pidal, feliz imitador de Jove-Llanos en las epístolas; Pacheco, mejor en sus dramas que en sus odas, y, finalmente, Breton y Ventura de la Vega. A la escuela de Horacio pertenecía en la sátira el rey de nuestro moderno teatro cómico,

Aquel raudal de gracias soberano

Que igualó á Plauto y eclipsó á Terencio (1).

Él continuó asimismo con chispa y desenfado soberanos las gloriosas tradiciones de la sátira clásica. Léanse las dirigidas *contra el furor filarmónico*; *contra los hombres en defensa de las mujeres*, y sobre todo, la donosa epístola que comienza:

(1) Versos de mi amigo el excelente poeta santanderino D. Casimiro Collado.

¡Oh siglo del vapor y del buen tono,
Oh venturoso siglo diez y nueve,
Ó por mejor decir, décimo-nono!...

Como versificador tuvo Breton pocos rivales en época de tantos y tan buenos metrificadores como la pasada.

Ventura de la Vega, uno de los discípulos predilectos de Lista, mostróse casi siempre fiel á las enseñanzas clásicas, así en la lírica como en el teatro. Es *horaciana* la oda dedicada á sus amigos en 1830:

Francia en buen hora renacer contemple
La dulce lira en que cantaba Horacio.
Rotos, al bote de romana lanza,
Partos y Medos.

Goce al cantor de las *Mesénias*, goce
Inclito Alfonso, tu gigante númen,
Píndaros tenga la que tiene tantos
Héroes cual hijos...

Pero es mucho más clásico el himno *Á Luperco*, intercalado en la tragedia *César*, obra de la madurez del poeta, y obra de no buenas condiciones dramáticas, pero de grande estudio. Hé aquí el himno citado, digno de transcribirse y conservarse en este museo de la poesía *horaciana*, ya que la tragedia de que forma parte no es muy leída, ni aparece nunca en las tablas:

¡Sacro ministro del potente Jove,
Fuente de vida, animador del mundo:

Númen fecundo, tutelar de Roma,

¡Divo Luperco!

¡Blando rocío los sedientos prados

Riegue, y del grano que su seno encierra

Brote la tierra, á tu amoroso aliento,

Frutos opimos

Hoy solitaria, contemplando en torno

Tálamo estéril, silenciosos lares,

Va tus altares á colmar de ofrendas

Casta matrona.

Vele tus formas vaporosa nube:

Deja el Olimpo, los espacios hiende:

Númen, descende: su mayor tesoro

Roma te fía.

¡Númen, descende! La fulmínea espada

César esgrime contra el Parto rudo:

Cubra tu escudo al Dictador de Roma,

¡Divo Luperco!

Muchas odas y epístolas de Vega tienen un carácter menos marcadamente *horaciano* que estas dos composiciones.

Perdidas ú olvidadas cada día más las tradiciones clásicas, y agotadas las fuerzas vivas del romanti-



cismo, sobrevino por algunos años una especie de marasmo á nuestra poesía lírica, que pareció al cabo levantarse por los individuales esfuerzos de algunos brillantes ingenios. Unos, como la Avellaneda, Zea, Monroy, Becquer, etc., han ido muriendo; otros viven aún, figurando entre ellos dos de primer orden, Campoamor y Nuñez de Arce. Séame permitido tributarles de pasada un testimonio de admiración, aunque ni uno ni otro pertenecen al grupo horaciano: Las corrientes van hoy por otro camino.

Pero aún tenemos un excelente poeta clásico, no semejante en verdad á los del siglo pasado, sino de una especie más alta y pura. El tomo de *Poesías* del Sr. Valera es una joya literaria. Su autor, educado en los modelos de la Grecia y de la Italia antigua y moderna, ha realizado en nuestra literatura contemporánea lo que Cabanyes hubiera hecho á haberle concedido el Señor más larga vida.

El Sr. Valera en las ideas es moderno, en las formas antiguo y de una pureza intachable, como quien entiende la belleza y está iniciado en los misterios de la Vénus Urania, no revelados al profano vulgo. Es seguro que Fr. Luis de Leon tendría por su mejor discípulo al autor de *El fuego sagrado*, trozo sin rival en nuestra poesía moderna y digno de equipararse con la oda *A Salinas*:

La inmortal y sonora
De celeste virtud máquina ardiente,
Que magnífica mora,
Cual antorcha esplendente,
En el sagrado templo de la frente,
Ya no más confundida
Con la materia se verá; ya dura
Eternamente unida;
Ya tan sólo procura
Volar al foco de su lumbre pura...

Y sospecho que no solamente Horacio, sino los líricos griegos habían de tener por suyo el hermoso himno *A Hermes*, intercalado en la *Fábula de Euforión*, por mas que como el resto del poema esté imitado (si bien con mejoras, á lo que entiendo) del más bello episodio (el único verdaderamente poético é *inteligible*) de la segunda parte del *Fausto*, donde Goethe, *el gran pagano*, simbolizó la union del espíritu griego y del germánico, en el consorcio del doctor nigromante y de la hermosa Helena.

Las escuelas literarias del pasado siglo se han transformado, ó han desaparecido en el presente, á excepcion de una sola: en cambio han nacido otras dos, una de ellas gloriosísima. Los sevillanos permanecen fieles á las enseñanzas de Lista y Reinoso, cual es de advertir en las poesías del malogrado Fernandez Espino, de D. Juan J. Bueno, de D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca, de doña

Antonia Diaz de Lamarque y de los Sres. Lamarque de Novoa, Justiniano, Zapata, Reina, D. L. Herrera Robles y otros distinguidos literatos. Por desgracia, la escuela se villana tiene cada dia ménos vitalidad, gracias á su imitación constante de iguales modelos; y á pesar de las altas dotes que adornan á algunos de sus ingenios, el clasicismo de segunda mano, por ellos sostenido, está condenado ó á morir, lo que Dios no quiera, ó á transformarse en *clasicismo verdadero*, lo cual para nuestras letras fuera más glorioso. Hágase *horaciana* de veras la escuela de Sevilla, no imite á Herrera, á Arguijo ó á Rioja, sino á los modelos en que se inspiraron estos grandes poetas, y ganará mucho en consideración é importancia.

Algunos ingenios hispalenses han manifestado más independencia y brío, especialmente el Sr. Campillo en sus *Nuevas Poesías*, y mucho ántes el eminente Tassara, cuya pérdida lloran aún nuestras letras. Tassara, sobre todo en su segunda manera, poco ó nada conservó de la escuela sevillana, á lo ménos en el fondo y asunto de casi todas sus producciones. Merece recuerdo en este lugar por su oda *leyendo á Horacio*, muestra notable de la manera como él comprendía la antigüedad, y por un romance en que diserta con el Venusino sobre *clasicismo y romanticismo*. Á la escuela de Sevilla pertenecia también el Sr. Puente Apecechea, y pertenecen como líricos el Sr. Cañete, del cual hay tal cual oda semi-horaciana y varias epístolas, y el doctísimo historiador de nuestras letras, D. José Amador de los Rios.

La escuela salmantina perdió todo carácter propio, identificándose con el general de la literatura castellana y siguiéndola en todas sus vicisitudes. Ha dado, no obstante, Salamanca desde el período romántico hasta nuestros dias poetas de mérito como Gil y Maestre, Villar y Macías, Ruiz Águilera. El último, en *La Nueva Luz*, en *La Oracion* y otras poesías suyas, conserva algo de las tradiciones salmantinas.

Quizá la más gloriosa de las escuelas peninsulares es, en lo que va de siglo, la *catalana*. Ha tenido filósofos y pensadores como Balmes, Roca y Cornet, Martí de Eixalá y Llorens; críticos y estéticos de la talla de Piferrer, Aribau, Milá y Fontanals y Coll y Vehí; investigadores y eruditos cual Torres Amat y los Bofarull; poetas en número y en valor notabilísimos, ya cultivadores de la lengua castellana, ya de la vulgarmente llamada *lemosina*, entre todos los cuales brillan Cabanyes, ya elogiado, Aribau, Piferrer, Carbó, Sémis, Milá, Rubió y Ors, y otros que fuera prolijo enumerar.

A Aribau pudiera llamársele *el hombre de una sola oda*, como llamaron los ingleses á Hamilton *el del único discurso* (*single speech's Hamilton*). Pero esa oda es de las que no se olvidan, es el *A Deu sian*

turons, que resucitó una lengua y una poesía que el mundo juzgaba muertas. Hizo Aribau buen número de versos castellanos: *Los Ensayos*, que publicó en 1817 valen poco. Más tarde insertó en *El Europeo* una oda *leontina* bastante agradable:

¡Ay, que se va apagando
La llama santa que otro tiempo ardía,
Dentro mi pecho blando,
Y sin cesar se enfría
El éter que en mi seno discurría...

Cabanyes tuvo algunos imitadores, especialmente Roca y Cornet, cuyas poesías es de sentir que no hayan sido coleccionadas. Entre todas se distingue la oda *A la Asuncion*, que el autor de los *Preludios* calificó de *lindísima*. Puede leerse en el *Diccionario* de Torres Amat.

El ignorado traductor del *Ivanhoe* (edición de Bergnes) puso de su cosecha una oda horaciana, que principia:

Tiro la turca flecha,
Suelto el carcaj y el arco florentino,
Pues hórrida y deshecha
Del piélagó vecino
Súbita tempestad bramando vino...

Carbó es, en otro género, un poeta tan excelente y olvidado como Cabanyes. Sus cuatro baladas no tienen rival en la literatura española. Una ó dos veces fué *leontino*, y de buena ley:

Los montes altaneros
Que sombra prestan á los frescos prados,
Los que contemplas fieros
De majestad velados
Entre la niebla levantarse airados,
Guardadores valientes
De las glorias del pueblo laetano
Doblan sus yertas frentes
Con gozo soberano
Al contemplar tu aspecto sobrehumano...

También el insigne crítico Milá y Fontanals fué en sus primeros versos *horaciano*, como grande admirador de Cabanyes. Así empiezan dos odas compuestas por mi sapientísimo maestro en los años 1834 y 1835:

Yo el mar y las playas, la innúmera arena
Medir ansioso tenté, padre mio,
Fijar á la excelsa mansion del sol limites
Con necia altivez...
De los collados del monte estériles,
Cabe las torres del cruel déspota,

Cuyas fulgentes águilas áureas
De fria niebla cercadas son...

Más tarde mudó de género y estilo, pero conservando toda la sobriedad lírica y la precisión y tersura características de Horacio, cual es de ver en *La Sirena*, composición bellísima, que inserto aquí como modelo de buena poesía contemporánea:

¡Visteis una sirena

De triste si dulcísima mirada?

Grato su nombre suena,

Su aspecto turba y á la vez agrada.

Esquiva sus abrazos,

Oh jóven, si la amastes: aún es hora,

Rompe aprisa sus lazos

Que bella y ponzoñosa flor decora.

Como huésped de un día,

Visita á su amador, y le acompaña;

Con sueños de alegría,

Con un mentido porvenir le engaña.

«Para grandezas eres,

—Lisonjera al oído le murmura,—

Desdeña los placeres

Del humilde varón y su ventura.»

Y en perezoso lecho

De orgullo y de tristezas él se embriaga,

Y mientras en su pecho

La viva llama de virtud se apaga,

Tesoro tras tesoro

Arroja á la corriente de la vida,

Y con imbécil lloro

Lamenta la riqueza sumergida.

¡Fatal melancolía,

Compañera en mal punto acariciada!

Sé para el alma mia

Cruz y no amor al fin de la jornada:

¡Lástima que el autor de esta preciosa oda, en que, con colores no indignos de los libros sapienciales, se describe una enfermedad moral de la época, y autor á la vez de la *Cansó del Pros Bernat*, de la *Complanta d'En Guillén* y de otras admirables poesías catalanas, no haya cuidado (distruido por más graves tareas) de recoger todos sus versos en entrambas lenguas! Suplicámosle que lo haga, si de algo valen nuestros ruegos. É idéntica súplica dirigimos al Sr. Coll y Vehí, autor de muy buenas imitaciones de Fr. Luis de Leon y paráfrasis de poesías sagradas. El lauro de *poeta* no daña ni empece al de crítico y preceptista. (1)

No ha sido mi objeto en esta memoria catalogar todos los poetas castellanos más ó menos imitadores del espíritu ó de las formas del lírico latino.

(1) Falleció el Sr. Coll y Vehí poco después de escrito este párrafo. ¡Otra gloria ménos!

Paso, pues, en silencio buen número de contemporáneos que no ofrecen bastante señalados los rasgos distintivos del grupo que hemos historiado, aunque se acerquen en la manera á los poetas de nuestro siglo de oro. Mas no he de omitir que vi estos últimos años reproducida en varios periódicos una maravillosa oda *leontina*, suscrita por don José García, nombre para mí desconocido, pero nombre de un poeta que se equivocó sin duda no naciendo en el siglo XVI. ¡Tal es el sabor purísimo de su lenguaje!

Por último, haré mención de dos autores *de casa* para terminar con nombres montañeses esta enojosa lista. Campo-Redondo escribió algunas odas horacianas, desiguales, pero dignas de aprecio, sobre todo la dedicada á ensalzar á los antiguos *cántabros*. Véanse algunas estrofas de nuestro elegante, y fuera de aquí desconocido, poeta:

No pueblos extranjeros
Celebraría con sonoras voces,
No los Cimbrios guerreros,
No los Pártos veloces,
Los Escitas, los Gétulos feroces...

Así cabe el Tirreno
Mar os vieron las gentes italianas
Cuando guiados del Penos
Desgarrasteis en Cánas
Las vencedoras Águilas romanas.

Del Trasiméno lago
Las ondas, las del Trébia y el Tesino
Recuerdan el estrago
Del reino de Lavino
Reteñidas con sangre del latino:

Hablando de Augusto, dice:

Al soberbio tirano
No le valieron víctimas ni ofertas
Para triunfar: en vano
Del Dios bifronte abiertas
Fueron las duras rechinantes puertas...

¡Lástima que esa *guerra cantábrica*, gloriosísimo episodio de nuestros anales, haya tenido tan pocos cantores entre los hijos de estas montañas!

De D. Gumersindo Laverde Ruiz, el más señalado de los vates montañeses, he de hablar extensamente en ocasion más oportuna, dado que algo apunté en un estudio métrico ántes de ahora publicado. Por el fondo, sus poesías pertenecen á la *escuela del Norte*; por la forma suelen ser horacianas y de una pureza exquisita. *La luna y el lirio*, *Paz y misterio*, la oda *Á Gayosina* y alguna más, son modelos de sáficos adónicos. Citaré la más breve, *Paz y misterio*, para cerrar con llave de oro estas noticias.

¡Qué agitacion, qué soledad... columbro
Trémula antorcha en el confin sombrío...
¡Es el amor que á consolarme viene?...
Voy á su encuentro.

¡Noche sin luna!... El adormido cielo
Triste sonríe á la adormida tierra,
Y ondisonando cadencioso, el grave
Ponto le arrulla.

Pérdida oveja en los collados bala,
Almas en pena por las grandas gimen,
Lentas las áuras, las silvestres ondas
Lentas murmuran.

¿Dónde me lleva el corazón volando?
Atrás el bosque y sus florestas dejo...
Allá en el monte el ruiseñor gorjea...
¡Vuelo á la cumbre!

Hora á cumplirse algun misterio empieza,
Cantan los ecos... mis oídos cantan...
Son armonías del festin... mi nombre...
¡Fuera del mundo!

¡Qué puro albor los horizontes baña!
¡Qué dulce estrella los alumbra inmóvil!
¡Qué alma Deidad de su dorado seno
Brotó radiante!

Cetro de lirios y azucenas trae,
Bajo sus piés la inmensidad florece,
Vierten aromas del Edén sus labios,
Gloria sus ojos.

Ciñe mi frente con azul guirnalda,
Me desvanece su mirar divino,
Plácida sombra en derredor extiende...
Caigo en sus brazos...

Arden al par su corazón y el mio,
Surco los cielos en bajel de flores...
¡Es el amor!... Mi corazón espira...
¡Muero de gozo!

Sigue el festin... y las distantes arpas
Melancolía regalada infunden...
Calla la mar... el firmamento brilla...
¡Paz y misterio!

XVI.

No conozco bastante los poetas americanos para decidir con seguridad si es ó no grande en ellos la influencia de Horacio. Parece que otros modelos han sido allí más admirados. A fines del siglo pasado dominaba en nuestras Indias un prosaismo insoportable, á juzgar por los versos del mejicano Fr. Manuel Navarrete, que por otra parte no carecía de dotes, y fué en su tiempo de los más celebrados. A gran abatimiento había venido la patria de Alarcon y de Sor Juana Inés de la Cruz. En lo que va de esta centuria, á pesar de las turbulencias sin cuento por que ha pasado el infelicísimo imperio azteca, rico y floreciente bajo el vireinato español del siglo XVI, háse levantado no poco

la poesía en aquel país, el más *castellano* de toda América. Gorostiza como dramático, Carpio y Pesado como líricos, son ornamento honroso de nuestra literatura. El último fué á veces *horaciano* y de acrisolado gusto, v. gr., en la oda *De la niña mal casada*:

No así, recién casada, el rostro esquivo
Presentes desdeñosa...

y en el *Amor malogrado*, que recuerda algunas odas del cantor de Glicera:

Me arrobaba tu célico semblante,
Tu frente tersa y lisa,
El brillo de tus ojos rutilante,
Tu dulce voz y tu amorosa risa.
¡Cuántas veces, ó Filis peregrina,
Dejé con ánsia impreso
Sobre tu tersa boca purpurina
Con lábio incauto el regalado beso!
No más voluble en la estacion florida
Por la ribera amena
Vaga la abeja, y liba entretenida
El rojo lirio y cándida azucena...

Aún es más digna de Horacio la oda *Á Silvia*:

Debajo de ese plátano que mece
Sus hojas en el aire blandamente,
Orillas de esa fuente
Que vaga se adormece:
A la luz de la luna que menguada
Con turbia claridad nos ilumina,
Junto á mí te reclina,
¡Oh Silvia enamorada!

Cultivó Pesado el *asclepiadéo moratiniano*, cual es de advertir en estos versos:

Por tí, mi Silvia, sus verdes pámpanos
La tierna yedra lozana extiende
Y el cedro erguido con pompa ofrece
Sombra apacible donde descanses.
Por tí la fuente templada y límpida
Que reflejando del sol las luces
Por entre guijas y césped, diáfana,
Une sus ondas al sacro río... etc.

Este eximio poeta clásico manejaba con perfección el verso suelto. Son dignos de Moratin algunos de los de Pesado en *El Hombre*, en *El Sepulcro*, y sobre todo en *La Inmortalidad*. De sus odas morales, la dirigida *Á una esposa infiel* es horaciana:

¡Acaso, Célia, ignoras
Que más veloces que la nao velera
Pasan ¡ay! del placer las breves horas,
Dejando en pós de su fugaz carrera
Doloroso tributo
De amargo sentimiento y negro luto...

En sus hermosas traducciones bíblicas, y aún en las poesías originales de asunto sagrado, como la de *Jerusalén*, vése patente el aprovechado estudio de Fr. Luis de Leon.

Las repúblicas del Sur han dado asimismo poetas de valía. Juan Cruz Varela, de Buenos-Aires, cultivó con escasos alientos la oda horaciana. Véase una muestra de su estilo en estas dos estrofas:

¡Oh cielo! escucha mi ferviente voto
Y no me niegues lo que sólo ruego,
Para el momento en que la tumba helada
Me abra su seno,
Primero muera que mi tierna esposa,
Muera primero que mis dulces hijas,
Y moribundo, con errante mano
Pulse la lira...

De Florencio Varela conozco otra oda desigual, pero agradable, en que se hacen votos por la concordia y prosperidad del pueblo argentino:

Ampara tú su juventud dichosa
Y hostias de paz adornen tus altares;
Con mano bondadosa
Vierte sobre ellos dones á millares,
Dáles gloria y ventura,
Y protege, Señor, tu hermosa hechura.

En lo que conozco de Echevarría, Acuña de Figueroa, Bello y otros celebrados vates, no encuentro huellas marcadas de *horacianismo*. Es de sentir que no hayan sido coleccionadas las obras del ilustre filólogo y poeta, autor de la *Oración por todos*, y del canto *Á la agricultura en la zona tórrida*.

Olmedo, el cantor de nuestros desastres, era poeta *quintanesco*, difuso y grandilocuente. Su oda *Al general Flores vencedor en Miñarica*, empieza con una imitación del *Qualem ministrum fulminis alitem*:

Cual águila inexperta, que impelida
Del régio instinto de su estirpe clara,
Emprende el precoz vuelo
En atrevido ensayo...

D. Felipe Pardo, peruano como Olmedo, mostróse fiel discípulo de Lista y seguidor de las tradiciones clásicas en sus epístolas y en sus odas. La sátira política fué su género predilecto; en la lirica no rayó nunca á grande altura. Sus epístolas recuerdan á veces las de Moratin y Jovellanos.

Poco diré de los poetas cubanos. Heredia, el más ilustre de todos ellos, imita más á Cienfuegos, á Quintana, á Gallego y á Lista, que á nuestros horacianos. Por lo demas, es poeta de estro fácil y abun-

dante y de limpio y terso lenguaje. Vivirán *El huracán* y *El Niágara* cuanto dure la lengua de Castilla, que este mal aconsejado poeta usaba para maldecirnos con frecuencia.

Es muy linda una oda de D. Rafael María Mendive, poeta asimismo habanero, *A un arroyo*:

Suaves te dan los bosques sus aromas,
Los valles sus verdores,
Las selvas sus palomas,
Su sombra grata las cubiertas lomas,
Y el cielo mismo su dosel de amores.
Y en las de Mayo hermosas alboradas
Flotante en tus espumas,
Te arrullan sosegadas
Del blanco cisne las nevadas plumas,
Las hojas por los céfiros llevadas...

Lástima que no exista una historia de la literatura en la América Española, ni aún una colección medianamente hecha de poetas americanos. Tengo entendido que se han publicado algunas compilaciones particulares, como el *Parnaso Venezolano*, etc.; pero apenas han circulado en Europa. El tomo de *Poesías de la América Meridional*, impreso por Brockhaus en Leipzig, carece de mérito y de criterio, encerrando piezas detestables, que es imposible pasar por buenas en América ni en parte alguna del mundo civilizado.

Antes de deducir consecuencias de esta larga y enojosa historia de nuestra lírica horaciana, completémosla con la noticia de los imitadores del Venusino en lengua portuguesa. Sigamos en este nuevo estudio la indulgencia de los amantes de las letras clásicas.

M. MENENDEZ PELAYO.

HISTORIA GENERAL DE LOS DESINFECTANTES Y DETERMINACION DE LOS MÁS EFICACES COMO PRESERVATIVOS DE LAS ENFERMEDADES.

CAPÍTULO III.*

IDEA GENERAL DEL MIASMA.—CONSIDERACIONES SOBRE LA FERMENTACION.

I.

Del miasma.

Hé aquí una palabra genérica con la que se designa la alteración del aire, producida por emanaciones orgánicas. El raciocinio los admite, á pesar de lo difícil que es su apreciación y de considerarse como causa predisponente de gran número de en-

fermedades. Unos autores han comprendido con la denominación de miasmas exclusivamente las emanaciones procedentes de las sustancias animales, reservando el nombre de efluvios á los que proceden de los pantanos. Federico Hoffman designaba el agente tóxico de un modo más general, y le llamaba *fermento*.

También se han dividido en miasmas procedentes de los cuerpos vivos y en emanaciones causadas por las sustancias animales en descomposición. Demos una idea de unos y otros.

No solamente son el nitrógeno y ácido carbónico los únicos cuerpos que la respiración acumula en el aire: la superficie mucosa de las vías aéreas exhala cierta cantidad de vapor acuoso que tiene en disolución una sustancia animal. Además, la traspiración incesante y el sudor producen la evaporación de una materia orgánica, no bien determinada en cuanto á su naturaleza, pero susceptible de alterar de un modo muy notable la composición del aire. A esta causa se debe el olor que se nota en los sitios donde hay acumuladas muchas personas, y la sustancia olorosa varía según la edad, sexo, temperamento, constitución. Es, pues, su existencia de todo punto indudable, y es á la que deben referirse los funestos resultados de la acumulación de cierto número de individuos, como sucede en los dormitorios de establecimientos benéficos y penitenciarios.

El aumento de cantidad y alteración de esta sustancia forma una especie de miasma, reconocible por el olor, y que determina en ocasiones graves accidentes, como vómitos, cefalalgia, fiebre, etc. En la sala de un hospital, aunque no existan enfermedades agudas contagiosas, ni úlceras en supuración, el menos delicado olfato percibe un determinado olor, debido á las exhalaciones cutánea y pulmonar. Así se ve, desgraciadamente, que la acumulación de enfermos en la sala de un hospital, produce las mortíferas erisipelas, la podredumbre y gangrena hospitalarias y otras afecciones no menos graves.

La acumulación de paridas produce asimismo funestos resultados, y en estas circunstancias se desarrolla con gran facilidad la fiebre puerperal con carácter epidémico, en cuya triste situación sólo hay remedio evacuando prontamente el hospital y haciendo salir de aquel recinto mortífero á las infelices que en él se encuentran.

Si un individuo sano ó enfermo exhala una sustancia orgánica volátil, susceptible por su concentración y alteración de determinar sobre el organismo una influencia perniciosa, se puede también admitir que hay cierto número de enfermedades que, cuando se desarrollan en los individuos, modifican la naturaleza de esta sustancia, imprimiéndola caracteres particulares y comunicándole la

* Véanse los números 178 y 179, págs. 97 y 145.

propiedad, cuando es absorbida por un sujeto dispuesto convenientemente, de producir una enfermedad análoga.

Esto, que puede suponerse *á priori*, es real é indudable, y á esta sustancia orgánica modificada por la enfermedad en cuyo curso se desarrolla, hasta el punto de podérsela comunicar á otro individuo, se le ha dado el nombre de miasma, propiamente dicho.

Hé aquí los hechos que aduce Becquerel en pro de esta asercion:

1.º Es evidente la exhalacion de la sustancia animal en los individuos sanos y su mayor produccion en los enfermos.

2.º Para enfermedades determinadas existen olores especiales que, á falta de análisis químicas, no pueden ménos de tener algun valor. Así, por ejemplo, la exhalacion pulmonar y cutánea en la viruela, tiene un olor distinto del de la fiebre tifoidea. Nosotros tambien añadimos que la fiebre exantemática conocida con el nombre de miliar, tiene por carácter patognomónico el sudor de olor á paja podrida ó vinagre enmohecido.

Es probable que si en lugar de hacer el estudio de las enfermedades en la sala de un hospital, donde todos los olores se confunden, se verificase aisladamente ó en una reunion de enfermos de igual dolencia, llegariase á determinaciones concluyentes y precisas, que el diagnóstico médico utilizaría en gran manera.

3.º Afirma Becquerel que el modo de comunicacion respecto á ciertas enfermedades es convincente.

Colóquense, dice, en una misma habitacion, pero sin comunicacion directa ó inmediata, dos individuos, uno perfectamente sano que jamás haya sido vacunado ni padecido la viruela, y otro precisamente atacado de esta última enfermedad. No hay duda acerca de lo que ha de suceder: el primero de los individuos no estará mucho tiempo libre de esta afeccion. Pero, ¿cómo habrá podido adquirirla? No de otro modo que á favor de las exhalaciones pulmonar y cutánea del individuo enfermo. Es, pues, necesario asignar á los miasmas, como propiedad principal, la facultad de transmitir á un individuo sano la enfermedad ó afeccion de que se encuentra atacado el individuo que los ha producido.

No es raro, por consiguiente, que una persona adquiera en un hospital ó prision enfermedades que estaba muy léjos de tener al penetrar en aquellos sitios.

El miasma, una vez producido en un individuo enfermo, puede transmitirse y desarrollar una enfermedad análoga en otros varios. Despues de producido, el miasma parece reproducirse y propagarse en virtud de una accion desconocida en su natura-

leza, pero que ofrece alguna analogía con la fermentacion. En breve trataremos de este fenómeno.

La trasmision del miasma se hace de muchas maneras, sin que los efectos que produce experimenten modificaciones especiales. Unas veces la trasmision es inmediata y tiene lugar en un individuo que habita la misma casa, el mismo pueblo. En otros casos, esta propagacion tiene lugar á distancia y en ocasiones considerable, trasmision que se verifica por las corrientes de aire. Otras veces, los vestidos, los diferentes objetos que han estado en contacto de un sujeto atacado de enfermedad miasmática pueden impregnarse de los miasmas exhalados y trasportarlos á otro individuo, ya de la misma localidad, ya de otra más ó ménos apartada.

Los miasmas, para germinar en un individuo, necesitan encontrarle en un estado especial, y es lo que constituye la predisposicion particular para la enfermedad. Esta predisposicion es completamente ajena á la edad, sexo, constitucion, temperamento é idiosincrasia; pero estas circunstancias pueden, sin embargo, modificarla. Sólo puede generalizarse, en cuanto á esto, que el sexo femenino, la constitucion débil y el temperamento linfático favorecen en general la predisposicion y facilitan la absorcion de los miasmas.

La propagacion de éstos y la intensidad con que obran, se hallan con frecuencia en relacion con las condiciones de temperatura, humedad, etc. de los países.

Una vez producidos los miasmas, tienen la propiedad de conservarse durante un tiempo muy largo, sin ser vencidos por la muerte del individuo que los ha producido, y resistiendo á la putrefaccion. Los siguientes ejemplos, citados en las obras de higiene de más importancia, prueban la exactitud de lo que acabamos de referir:

El sepulturero de Chelwood, en el condado de Sommerset, abrió el 30 de Setiembre de 1752 el sepulcro de un hombre muerto de viruela y enterado hacía 30 años. El ataúd, que era de encina, se encontraba en buen estado de conservacion, y el trabajador con su azadon rompió la tapa. En el momento se esparció en el ambiente una fetidez tal, que jamás había experimentado el sepulturero sensacion parecida. Entre las numerosas personas que allí se encontraban, catorce fueron atacados de la viruela al cabo de algunos dias, y la enfermedad se extendió á toda la comarca.

Una señora que había fallecido á consecuencia de la viruela fué enterrada en una iglesia. El monumento que se erigió no pudo terminarse sino despues de un año del fallecimiento: para colocarle fué necesario separar la piedra que cubría el ataúd, que era de plomo, y solamente estaba colocado á un

pié de profundidad del suelo. Este fué removido para verificar los trabajos, y un gas fétido inundó el espacio é hizo que perecieran asfixiados algunos de los operarios, y el arquitecto, que se encontraba presente, y al cual se deben estos detalles, fué atacado de la viruela (1).

Al hacer en Paris en 1789 la exhumacion de los cadáveres en el cementerio de los Inocentes, fallecieron muchos de los trabajadores por los miasmas que respiraron. Se observó que en los sitios donde la parte muscular se había descompuesto, se conservaba la grasa de tal modo, que los jaboneros la aprovecharon para hacer jabon.

Todo esto indica las precauciones extraordinarias que hay que adoptar cuando se procede á una exhumacion, y sobre todo si ha trascurrido poco tiempo desde que se verificó el sepelio. Debe practicarse, si es en verano, al amanecer, y si en invierno despues de las diez de la mañana. Hay tambien que proveerse de esponjas, toallas, agua en abundancia, hipoclorito cálcico, que es uno de los mejores desinfectantes, agua saturada de cloro, limaduras de cobre y ácido nítrico.

Una vez descubierto el ataud ó los despojos de que se trata, se esparce por encima gran cantidad de hipoclorito cálcico pulverizado; se hace abrir despues el ataud, teniendo precaucion de no verificarlo de pronto y de no herir el cadáver con ninguno de los utensilios que se emplean en la operacion, pues la rotura del abdómen podría en algun caso dar lugar á la salida instantánea de gran cantidad de gases, produciendo la asfixia ó envenenamiento de los sepultureros.

II.

Las enfermedades producidas por la accion de los miasmas se dividen del modo siguiente: Hay unas, llamadas pestilenciales, cuya determinacion anatómica no está bien caracterizada, y son: el cólera, la peste de Levante, el tifus propiamente dicho y la fiebre amarilla. Estas cuatro enfermedades no son inoculables.

Otras hay que tienen determinacion anatómica especial y constante, como la fiebre tifoidea, la grippe, la meningitis cerebro-espinal epidémica, las erisipelas, el croup y ciertas afecciones gangrenosas.

En otra parte de esta Memoria tratamos de las aplicaciones patológicas, donde con más detalles exponremos otras consideraciones.

Respecto á las condiciones higiénicas útiles para evitar estas enfermedades, varían algun tanto, segun la naturaleza de la afeccion. Los individuos colocados en el centro de accion de los miasmas de-

ben observar escrupulosamente las reglas de una severa higiene, no separándose en lo posible de su habitual régimen. Se evitarán los cambios bruscos de temperatura, el ejercicio violento, las ocupaciones asíduas y los excesos de los órganos genitales.

La higiene pública en casos semejantes debe estar muy atendida, y los municipios deben velar constantemente por que las condiciones que la ciencia aconseja se encuentren satisfechas, apartando todos los focos de infeccion y procurando por todos los medios posibles evitar el desarrollo de las epidemias.

III.

De la fermentacion.

La fermentacion es uno de los fenómenos químicos más interesantes y de mayor aplicacion á las manifestaciones de la vida. Palabra derivada del verbo latino *fervere* (hervir), puede de un modo general definirse diciendo que es toda descomposicion espontánea excitada en una masa de materia orgánica por la accion de un fermento. Es, pues, una voz genérica que comprende diversas especies, y la putrefaccion no es más que una fermentacion.

El resultado de este fenómeno es que una molécula compleja se desdobra para dar origen á otras más sencillas. Es el tránsito de la materia orgánica á la inorgánica. Desde el momento en que un cuerpo orgánico y privado de la vida se abandona en una atmósfera templada y húmeda, experimenta una serie de alteraciones profundas que han recibido el nombre de putrefaccion. Así es que todo cuerpo orgánico, desde el momento en que cesa el imperio de la vida, se halla sujeto á esas leyes de descomposicion en virtud de las cuales los elementos constitutivos del sér orgánico se trasforman en cuerpos más sencillos que van á constituir otros séres, contribuyendo á formar el eterno círculo de la materia tan brillantemente descrito por Dumas en su *Esática química de los séres organizados*.

Las sustancias que con más facilidad experimentan la descomposicion pútrida son las nitrogenadas, que como además contienen azufre dan origen á gases de olor fétido, por cuyo motivo algunos autores tratan de establecer una diferencia entre la fermentacion propiamente dicha y la putrefaccion.

La causa inicial de estas descomposiciones espontáneas es el aire; pero comenzado el movimiento de alteracion, se propaga á toda la masa aun cuando no continúe la intervencion de este agente. Las condiciones indispensables para que la putrefaccion se verifique, como para que tenga lugar toda fermentacion, son las siguientes: un fermento, una materia putrescible, aire, agua y una temperatura de 20 á 30°. Faltando cualquiera de estas circunstan-

(1) Guerard.

cias, la putrefaccion no tiene lugar. La resistencia que ofrece un cuerpo á su descomposicion es tanto menor, cuanto más complicado sea en su naturaleza. Se da el nombre de *fermento* á una sustancia putrescible en descomposicion, que tiene la propiedad de comunicar este movimiento á otros cuerpos orgánicos con quienes se ponga en contacto.

El primer impulso de descomposicion molecular es promovido por el oxígeno atmosférico, como se demuestra por numerosos experimentos. La fibrina reciente, la leche, la orina, y en general todas las sustancias nitrogenadas, cuando por algun tiempo se abandonan en contacto del aire, se observa disminucion de oxígeno y aumento en su ácido carbónico y al mismo tiempo se observan todos los fenómenos peculiares de la putrefaccion, como es el desprendimiento de gases amoniacales y sulfurados, elevacion de la temperatura, cambio de color, desarrollo de electricidad, reblandecimiento, etc. Si se suprime el aire ó se le priva de su oxígeno, la putrefaccion no tiene lugar, aunque concurren la temperatura y humedad convenientes. Pero si bien es cierto que es precisa la concurrencia del aire en el primer momento, no hace falta una vez iniciada la putrefaccion, como ya hemos dicho, y como harto elocuentemente prueban los experimentos practicados por Gay-Lussac sobre el mosto.

Explicada la fermentacion pútrida ó putrefaccion, por cuanto tiene de interesante con el asunto de que tratamos, se nos ofrece al punto reflexionar acerca de los muchos fenómenos de la economía en los que la putrefaccion puede intervenir. Sabidos son los accidentes que tienen lugar en los casos en que se verifica una herida con el escalpelo que se trabaja en un cadáver en descomposicion. No son desgraciadamente raros los casos en que la muerte ha sido la terminacion de estas inoculaciones. Liebig, en sus cartas sobre la quimica, cita el caso de los doctores Kolletschka, de Viena, y Bender, de Francfort, que fueron víctimas de un caso de esta índole. Magendie refiere tambien varios casos en que la aplicacion sobre una herida reciente de materias en putrefaccion, como la sangre, la bñlis ó el pus, ha producido vómitos, cefalalgia, laxitud y un cuadro sintomático propio de la intoxicacion séptica, que ha finalizado con la muerte.

El uso de alimentos en descomposicion puede producir enfermedades muy graves y aún mortales, y no debe olvidarse que la experiencia demuestra que las epidemias frecuentemente son producidas á consecuencia de la putrefaccion de grandes cantidades de sustancias animales ó vegetales. Tambien puede con alguna exactitud predecirse la invasion de las enfermedades epidémicas en los sitios cenagosos ó en aquellos largo tiempo inundados y que los abrasadores calores del estío desecan.

IV.

Explicado el fenómeno de la putrefaccion, expongamus en breves frases la teoría á que se atribuye su produccion. Hé aquí un asunto que ha preocupado á los químicos desde hace mucho tiempo, y acerca del cual todavia hoy no se hallan conformes. Lavoisier, Thenard, Quevenne, Dobereiner, Desmazières, Cagniard Latour, Liebig, Pasteur, Pelouce, Berthelot y otros muchos, han expuesto teorías acerca de las fermentaciones. Indicaremos sólo las tres más importantes, ó sean de Liebig, Pasteur y Berthelot.

Suponia el ilustre profesor de la Universidad de Munich que la causa inicial en las fermentaciones, putrefacciones y cremacausias es puramente mecánica, si bien luego entran las fuerzas químicas á tomar parte en la formacion de los nuevos productos. Admite para eso el principio de Laplace y Berthollet, que consiste en lo siguiente: «Una molécula puesta en movimiento por una fuerza cualquiera, puede comunicar este movimiento á otra molécula que se halle en contacto con ella.» En el desarrollo de su teoría admite Liebig las siguientes hipótesis:

«1.ª La fuerza química que mantiene unidos los elementos constitutivos de las sustancias orgánicas, en general es muy débil, y en las de composicion muy complicada puede considerarse como nula.

2.ª Las materias orgánicas se han formado en los séres vivientes por la influencia de la fuerza vital, obrando en oposicion de la afinidad, y subsisten despues de la muerte de estos séres solo en virtud de la inercia en que se hallan sus elementos.

3.ª La afinidad solicita constantemente á los elementos constitutivos de las materias orgánicas á unirse en combinaciones sencillas, pero se opone á que esto se verifique, la fuerza vital.»

Liebig aduce en apoyo de su teoría varios hechos de la quimica mineral. Sabido es que el platino es inatacable por el ácido nítrico, pero si se alea con la plata, entónces se forma un nitrato de plata y platino. Es que la reaccion de la plata y el ácido nítrico se propaga al platino por simple contacto. El cobre no descompone el agua en presencia de los ácidos, pero sí lo verifica el zinc; pues bien, una aleacion de cobre y zinc ó cobre y nickel descompone el agua, formándose una sal de cobre y zinc ó de cobre y nickel.

Explica ásimismo Liebig por medio de las fermentaciones varios fenómenos, como la formacion de la ulmina del leñoso, el origen de las aguas carbónicas y sulfurosas, y, por último, la accion de los miasmas y del virus cadavérico. Considera á estos cuerpos como verdaderos fermentos que, absorbidos y llevados al torrente circulatorio, producen la alteracion de la sangre. El contagio lo explica tam-

bien por la acción de los fermentos. Las sustancias fermentadas dentro del tubo digestivo, obran como verdaderos venenos y no son más que fermentos que alteran los líquidos del organismo.

Citemos algunos casos prácticos que comprueben que la fermentación pútrida es el origen de graves enfermedades:

Trasportando el año 1818 el navío *Arthur* una gran cantidad de mantillo de Ruan á la isla de Guadalupe, pereció la mitad de la tripulación durante el viaje, y el resto de los pasajeros llegó á su destino con la salud muy quebrantada.

Los arrozales de Valencia que desprenden gran cantidad de fermentos, son asimismo manantiales constantes de enfermedades.

Al graduarse Chambon de licenciado en la facultad de Medicina de París, se cita que tuvo que practicar en el hígado una demostración, y las emanaciones desprendidas del cadáver putrefacto le ocasionaron una fiebre, así como accidentes graves á Corior, Fourcroy y Dufresnoy que le acompañaban.

El gran Bichat murió estudiando una pieza anatómica alterada, sin tiempo material para implorar auxilio.

Por último, los irrecusables datos de la historia nos atestiguan que los terrenos y países pantanosos son constantemente el azote de fiebres intermitentes. Cuando refiere el Petrarca la epidemia de tercianas acaecida en Italia por haberse desecado los campos después de haber llovido por espacio de seis meses, dice que fué tan mortífera, que no había perecido más gente desde el diluvio (1).

La teoría de Pasteur es completamente distinta de la de Liebig. Supone la existencia de seres organizados, que son la causa de las fermentaciones. Existen en el aire dichos gérmenes, como lo demuestra el ser impropio para la fermentación un aire que haya atravesado por piroxilina. El tipo de los fermentos es para Pasteur la levadura de cerveza (*Microderma cerevisiæ*), á la que considera formada de diferentes glóbulos que flotan en un líquido claro y pueden aumentar de volumen.

Reune esta teoría bastantes probabilidades de certeza. En primer lugar, la conservación de los zumos por el procedimiento de Appert es una prueba que Pasteur aduce en favor de su teoría. Consiste esta conservación en someter las botellas que contienen el zumo á la acción del calor producido por el agua hirviendo. La temperatura á que se expone el zumo mata el ser organizado que había de producir la fermentación, y es ya imposible que esta se verifique.

Además, el aire que se ha hecho previamente atravesar por un tubo de porcelana enroje-

cido, es también impropio para la fermentación.

Si en el fondo de una cuba se colocan sustancias orgánicas húmedas y al cabo de un mes, cuando el aire de aquel sitio se halla completamente saturado de los gases desprendidos en la putrefacción, se introduce una esfera llena de hielo ó mezcla frigorífica, no tarda en tapizarse la superficie de vapor acuoso, que reunido después y examinado al microscopio, demuestra la existencia de sustancias de origen orgánico, que tienen la propiedad de producir la putrefacción de otros cuerpos colocados en condiciones adecuadas.

Según Berthelot, las fermentaciones reconocen por causa el contacto de ciertas materias que producen la descomposición de otras, dando lugar á fenómenos de hidratación, desdoblamiento, cambios isoméricos, etc.

De todas ellas, la que se halla más en armonía con la experiencia es la de Pasteur, y es asimismo la que adoptan hoy la mayoría de los químicos y fisiólogos modernos.

CAPITULO IV.

MONOGRAFÍA DE LOS DESINFECTANTES.

Necesario es que ántes de explicar el método de desinfección que debe emplearse en cada caso particular, nos ocupemos en describir la preparación de los desinfectantes más usados.

I.

Cloro.

La química y la higiene son deudoras al eminente Scheele de este cuerpo, cuya obtención puede conseguirse descomponiendo el bióxido de manganeso por el ácido clorhídrico, ó una mezcla de bióxido de manganeso y cloruro sódico por el ácido sulfúrico, ó bien tratando el ácido sulfúrico y clorhídrico, mezclados, por el bióxido de manganeso. Puede usarse, bien sea disuelto en el agua, ó en estado gaseoso. En el primer caso se esparce por medio del riego, pero preferible es usarle al estado gaseoso, porque los gases poseen una gran tendencia á esparcirse y ocupar mayores espacios, siendo su acción mucho más extensa. La práctica ha aconsejado que el mejor método para obtener el agua saturada de cloro es emplear un aparato de Woulf, en cuya vasija productora se coloca el sobreóxido de manganeso y se adiciona por el tubo de Welter una mezcla de los ácidos sulfúrico y clorhídrico. El agua en los frascos de saturación ha de tener una temperatura lo más próxima á 8°, porque es á la que disuelve el máximo de cloro, es decir, que 100 partes de agua disuelven 3,07.

Apareció hace bastantes años en los diarios de

(1) Chinchilla.

Química médica de Chevallier un método para obtener agua de cloro que despues se ha generalizado bastante. Consiste en mezclar 3 partes de cloruro sódico, 6 de ácido sulfúrico, 8 de óxido rojo de plomo (minio) y 192 de agua. Despues de triturar la sal comun con el minio, se colocan ambas sustancias en el agua, se adiciona el ácido, se tapa el frasco, que debe ser esmerilado, y se agita de tiempo en tiempo. Hay precision de que trascúrran algunas horas para que se complete la reaccion. Ya se comprende que el agua de cloro por este procedimiento obtenida debe ser muy impura, pues contiene sulfato sódico, ácido sulfúrico excedente, y sulfato plúmbico interpuesto; pero estos inconvenientes, que son graves tratándose de un reactivo, desaparecen en el caso presente, que sólo para regar se emplea, teniendo la considerable ventaja de no necesitar aparato de Woulf.

Tambien puede usarse el procedimiento de Christisson, que consiste en tratar el cloruro cálcico mezclado con minio, por medio del ácido sulfúrico.

La fumigacion guytoniana es como por lo comun se usa el cloro. Guyton de Morveau, el compañero de Fourcroy, Lavoisier y Berthollet, de quien ya hicimos mencion en la reseña histórica, ideó un aparato especial para fumigar un espacio dado. Consiste en un frasco de paredes resistentes, donde se coloca una de las mezclas que hemos indicado para producir cloro. Este frasco está colocado en una armadura de madera, la cual lleva un tornillo, que permite abrir ó cerrar más ó ménos la boca del frasco con un obturador de vidrio. Hay de varios tamaños, desde el que se usa en los hospitales hasta el de bolsillo.

El fundamento del cloro como desinfectante consiste en su accion sobre las sustancias miasmáticas. Cuatro son las maneras que el cloro tiene de actuar sobre los cuerpos orgánicos. La primera es combinarse integralmente con la sustancia orgánica, como sucede con el hidrógeno bicarbonado que forma el licor de los holandeses. Otro de los modos de obrar el cloro, y este es el más general, es substituyendo al hidrógeno, produciendo compuestos clorados isomorfos con los hidrogenados. En ocasiones el cloro actúa como un cuerpo oxidante, descomponiendo el agua de la sustancia orgánica, apoderándose del hidrógeno para formar ácido clorhídrico y dejando el oxígeno libre, que obra independientemente. Por último, hay casos en que el cloro desaloja el hidrógeno de la materia orgánica, pero sin sustituirle. Esto sucede raras veces.

Lo que más comunmente acontece es el caso segundo: no hace el cloro otra cosa más que substituir al hidrógeno en las combinaciones que forma con el carbono, nitrógeno, azufre y fósforo, cuya composicion compleja suponemos en las sustancias

miasmáticas; por manera que en esta teoría el cloro, como desinfectante, puede no ser completamente eficaz en multitud de casos. Pero desde luego se comprende que el sulfido hídrico y el amoniaco, gases que predominan en las descomposiciones orgánicas, pueden ser destruidos por el cloro. La accion que ejerce sobre el hidrógeno sulfurado es instantánea. Se comprueba experimentalmente, poniendo en contacto dos campanas de cristal de igual volúmen, y cuyo diámetro sea idéntico, una llena de cloro y otra de hidrógeno sulfurado. Se observa una reaccion debida á la produccion de ácido clorhídrico y azufre que se deposita, cuyo primer cuerpo, ó sea el gas clorhídrico, se disuelve en la humedad que tienen las campanas, produciéndose un vacío parcial que dificulta la separacion de estas campanas.

Esta es la razon de que en los casos de asfixia por el hidrógeno sulfurado se recomienden las inhalaciones de cloro, así como tambien en los laboratorios químicos, cuando se prepara aquel cuerpo, conviene tener próximo al aparato una cápsula con la mezcla de producir cloro, á fin de neutralizar en lo posible los perniciosos efectos del sulfido hídrico.

Por lo demas, preciso es observar precauciones con el cloro, puesto que es impropio para la respiracion del mismo modo que para la combustion. Es uno de los gases más irritantes; inspirado, aun cuando sea en estado de mezcla con el aire, determina inmediatamente una tos pertinaz, acompañada de disnea y seguida á veces de esputos sanguinolentos.

Tambien es conveniente usar la solucion de cloro recién preparada, ó por lo ménos que no haya trascurrido mucho tiempo de su preparacion, porque es alterable.

II.

Acido hipocloroso é hipocloritos.

El ácido hipocloroso puede decirse que se halla condensado en los hipocloritos, mal denominados antiguamente cloruros de óxido, los cuales se emplean como desinfectantes, principalmente el de cal. Se obtiene el hipoclorito cálcico, haciendo llegar gas cloro puro á la cal hidratada, que se ha colocado en vasos ó cámaras cerradas. Generalmente se hace uso de un cajon de madera, recubierto de yeso en su parte interna, en él que hay unas pequeñas tablas donde se extiende al hidrato cálcico. La operacion se termina cuando el cloro no es absorbido.

Los hipocloritos fueron empleados por vez primera como desinfectantes en 1809 por Massuyer, profesor de la escuela de Strasburgo. En 1822, y sobre todo en 1832, durante la invasion del cólera, hizo el farmacéutico frances Labarraque algunos experimentos que demostraron la utilidad de los

indicados cuerpos en todos aquellos puntos en que el aire es susceptible de viciarse.

La *fumigación dorada*, de Reveil, se compone de las sustancias siguientes: hipoclorito cálcico, 10 gramos; agua, 70; vinagre, 20; agua de Colonia, 10. La mezcla de estos cuerpos se coloca en una vasija de extensa superficie en la habitación que se trata de desinfectar.

En general, el modo de emplear los hipocloritos consiste en colocarles en vasijas destapadas ó disueltos en agua. El hipoclorito cálcico se usa en la proporción de una parte por 45 de agua; se riegan las habitaciones y los objetos no metálicos ni de colores vivos.

La acción química de los hipocloritos es próximamente igual á la del cloro; pero es preferible su empleo porque no es el olor tan fuerte, la acción es sucesiva y continua y se conservan con más facilidad.

Creemos oportuno reproducir parte del informe que dieron los médicos de Marsella en Mayo de 1826, cuando tuvieron que tratar quince enfermos atacados del tífus náutico, como comprobación del poder desinfectante de los hipocloritos.

«El capitán español Bosch, comandante del buque llamado *San José*, tripulado con diez hombres, que partió de Ficamicino (Italia) el 23 de Julio último, arribó el 6 de Agosto á Marsella. Este buque tenía á bordo ocho enfermos atacados del tífus, de los cuales murió uno la primera noche de su entrada en el puerto.

»Los enfermos de este buque pasaron al lazareto y quedaron encerrados en el cerco de San Roque. Un cirujano cuarentenario y dos enfermeros los asistieron durante cuarenta y cuatro días, estando en contacto inmediato con ellos. Los tres se libraron del contagio por el uso de los hipocloritos.»

III.

Ácidos sulfuroso é hiponítrico.

El *ácido sulfuroso* se usa también como desinfectante. Se prepara por la combustión del azufre, aunque puede obtenerse valiéndose de la desoxidación del ácido sulfúrico por los metales. El método que se usa cuando se trata de desinfectar es la combustión del azufre. En la estancia que nos proponemos practicar la desinfección, se coloca un brasero ó copa con ascuas y se proyecta el azufre, siempre con las precauciones convenientes tratándose de un gas deletéreo.

Este método de desinfección es de poco valor, en términos que hoy día sólo se hace uso de él en los sitios donde hay enfermos que padecen afecciones de la piel.

De más uso es el *ácido hiponítrico*, acerca de cuya verdadera composición no se hallan acordes

los químicos. Siempre que el cobre se pone en contacto con el ácido nítrico, interviniendo el aire atmosférico, se desprenden unos densos vapores rojos, que excitan fuertemente la tos. Este cuerpo es el ácido hiponítrico, que abundante en oxígeno, pues tiene cuatro equivalentes, destruye los elementos del compuesto orgánico más complejo que pueda suponerse constituyendo el miasma. Suponiendo que este se halla constituido de carbono, oxígeno, hidrógeno, nitrógeno, azufre y fósforo, formulando en ecuación veremos que se trasforman en compuestos inorgánicos más sencillos, como son: el ácido carbónico, agua, óxido nítrico, ácidos sulfuroso y fosfórico, cuyos cuerpos no ejercen sobre el organismo (hallándose en muy cortas cantidades) la acción deletérea que los miasmas.

Este método de desinfección es recomendable, pues su sencillez permite que pueda practicarlo hasta la persona más ajena á los conocimientos químicos. Se reduce á colocar en una copa de cristal un fragmento de cobre y verter en él una corta cantidad de ácido nítrico del comercio, encerrar esta copa en la habitación, teniendo la precaución de retirarse para no respirar el gas, y después de una hora, abrir las ventanas y procurar la ventilación.

En concepto de algunos autores, es preferible este desinfectante al cloro y al ácido nítrico, y han practicado experimentos comparativos de los que deducen esta afirmación. Nosotros creemos asimismo que puede considerarse como uno de los primeros desinfectantes, aunque la eficacia del cloro y ácido nítrico sea en ocasiones igual á la del ácido hiponítrico.

El Sr. Torres Muñoz de Luna ha ejecutado diversidad de trabajos minuciosos que le han dado por resultado considerar el ácido hiponítrico como superior á todos los desinfectantes.

El *ácido nítrico*, cuerpo conocido desde el siglo IX, se usa hace bastantes años como poderoso desinfectante. Este cuerpo se emplea al estado de vapor, cuando se desprende de su combinación con una base. Así es que tratando el nitrato potásico ó sódico por el ácido sulfúrico, se desprende el ácido nítrico, que, esparcido convenientemente, obra como destructor de los miasmas. De esta manera lo hemos usado en multitud de ocasiones. Las antiguas fumigaciones de Smith no son otra cosa que la aplicación del ácido nítrico al objeto indicado. Constan de ácido sulfúrico y agua, de cada cosa 15 gramos, que mezclados convenientemente se ponen en contacto con otros 15 de nitrato potásico. Todo colocado sobre ceniza caliente, sirve para desinfectar un espacio de 120 metros cúbicos.

JOAQUÍN OLMEDILLA Y PUIG.

(Continuará.)

LOS DERIVADOS DEL PROTOPLASMA.

Dejamos ya indicadas en un trabajo anterior la noción de la célula y las condiciones de su protoplasma.

Respecto de la primera, hemos dicho que puede considerársela, de un modo filosófico, como la forma fundamental en que se manifiesta todo lo orgánico, y dinámicamente como una masa que, al menos en un cierto periodo de su existencia, se encuentra sometida á sus fuerzas propias ó moleculares. Con relacion al segundo cuerpo, se expusieron sus propiedades físicas y químicas; la diferenciación bajo estos dos aspectos que aquel experimenta, y los movimientos más ó menos rápidos á que se halla sometido, ya en una ó ya en otra época de su vida. En los diversos epígrafes *Noción de la célula, Caracteres del protoplasma, Diferenciación física del mismo, Movimientos protoplásmicos y Diferenciación química*, se han encerrado estas diferentes cuestiones para constituir los *Estudios sobre la célula*, ligero bosquejo del punto de vista dinámico según el cual pueden hacerse todos estos diversos géneros de indagaciones.

Pero el exámen de los elementos histológicos va adquiriendo de día en día mayor complicación é importancia.

Apénas si ha pasado medio siglo desde que se empezaron á adquirir nociones seguras acerca de su constitución y propiedades, y ya puede decirse hoy que la ciencia que de ellos hace su objeto viene á ocupar el puesto que le está reservado de una rama principalísima entre las demás de los conocimientos naturales. Aquellos corpúsculos de los que apénas se podía hace poco señalar su existencia, se muestran ya hoy, mediante los últimos descubrimientos, como dotados de diversos órganos, como provistos de partes encargadas de funciones determinadas y necesarias, como hallándose animados de una grandiosa evolución, para establecer la cual faltaban ántes datos de observación, por más que se tuvieron muchos para sospecharla en las conquistas de la embriogenia.

Nuestro punto de vista en el estudio de la Naturaleza ha tenido que experimentar asimismo una revolución profundísima. Ahora, adquirido ya el convencimiento de que celular es nuestro primer estado y de que celular es la forma bajo la cual aparece primitivamente cuanto de orgánico y vivo existe, y demostrado que en las células tiene que darse por lo tanto potencialmente todo este riquísimo mundo de tipos, familias, géneros y especies que pueblan la tierra, y llenarán probablemente muchos otros astros; admitido esto, decimos, las investigaciones sobre tales asuntos toman unas proporciones gigan-

tescas y salen desde el campo del microscopio, ó mejor expresado, desde la reducida esfera en que parece encerrarlas el tamaño de los seres en quienes se efectúan, á invadir los variados dominios de la realidad y todos los ramos en que se manifiesta y expresa la ciencia del Universo, y más concretamente nuestro actual dominio de ella.

A los que sin preparación anticipada ó sin haber disciplinado su pensamiento en estos caminos se les espongan las anteriores doctrinas, les parecerá quizá extraña y excesiva la extensión que se les da. A los que, fuertes en el análisis de lo que son los cuerpos orgánicos, hayan visto proceder á estos de células; crecer con la segmentación de aquellas; complicarse en sus órganos y aspecto mediante la diferenciación de las mismas, y constituirse con los materiales que ellas elaboran, no les sorprenderá ciertamente lo que acabamos de asegurar, encontrándolo, por el contrario, acomodado á la verdad.

El estudio de la célula no puede equipararse al de una forma de creaciones: el estudio de la célula es el de la configuración que afecta todo individuo en quien principia á manifestarse la vida. Los múltiples aspectos bajo los cuales puede aquello mirarse, la consideración de su actividad, de su forma, y de su misma vida, caben por completo aquí. La física de la célula, la morfología de la misma y la biología celular son todas ciencias que piden ser constituidas.

Mas este sentido necesita aún mayor propagación y sobreponerse á muy distintas preocupaciones.

Por más que se sepa que todo organismo procede de un óvulo, y que hoy se rechaza ya la doctrina de la formación libre de las células; y bien que estas dos premisas conduzcan de un modo inmediato á la necesaria consecuencia de que cuanto existe en un animal ó una planta es producto de la actividad de una célula, ley que se cumple para los seres sencillos lo mismo que para los del orden más elevado, las dificultades que se presentan para poder abarcar bajo un solo golpe de vista toda la serie de desarrollo, y las costumbres creadas por los modos muy distintos y aún reinantes de considerar tales cuestiones, hacen que muchos crean poco meditada la evidente afirmación de que *el estudio de la célula es el fundamento de las ciencias naturales, no cabiendo investigaciones sólidas acerca de forma y actividad que no se hallen cimentadas sobre él.*

Para huir de este sentido no cabe aconsejar más que un análisis delicado de los orígenes de los diversos productos, de los centros en que realmente vienen á radicar las más diversas funciones, y de la filiación, por decirlo así, de las actividades. Fácil nos será ver, por ejemplo, que los múltiples productos que estudia la química orgánica, la innumerable serie de sustancias que han dado origen á

esta ciencia, y esa indefinida serie de cuerpos que se extraen de los animales y las plantas, son engendrados, en primer término, por la célula, elaborándose en el interior de ésta los principales y pudiéndose calificar todos los demás de combinaciones ó derivaciones de aquellos. Hágase el estudio así; abórdese este modo de juzgar los hechos, y, en nuestra modesta opinión, se logrará penetrar en la realidad, no dejando sin asiento, y como vagando á la ventura, las energías que desarrollan los cuerpos orgánicos día tras día al recorrer de un modo lento el á la vez mudable ciclo de su evolución.

En el momento en que se ha conseguido demostrar que la asimilación vegetal tiene por completo su asiento en la célula con clorofila, se ha probado de un modo irrefutable que la anterior proposición es evidente respecto del mundo de las plantas. El conocimiento que hoy vamos teniendo de que las eremacausias engendradoras de la fuerza animal se cumplen realmente en el interior del glóbulo sanguíneo, proporciona en este reino idénticas confirmaciones.

Los dos hechos que acabamos de citar son efectivamente los capitales en el proceso de uno y otro mundo. Si las acciones oxidantes y reductoras se verifican en el interior de las células, la vida entera de los seres epitelúricos depende bajo un cierto respecto de las actividades de ésta. Mas si entrando en mayores detalles quisiéramos ver lo mismo en distintos efectos parciales, nos bastaría para conseguirlo considerar cuál es la generación de las células adiposas, y cuál la de los pétalos florales; que estos dos solos ejemplos, elegidos entre otros muchos de la misma significación, nos proporcionarían mayor confianza en la admisión de los principios expuestos.

Parte de lo que podría exigirse para la realización de algunas indagaciones en asunto tan importante, ha sido ya intentado: guiados por este sentido es como hemos tratado de establecer, según ántes se ha dicho, la noción de la célula y la de su sustancia fundamental. En el presente trabajo, vamos á ocuparnos de *los derivados del protoplasma*, denominando de este modo á todos los demás cuerpos y partes que se hallan en la célula, á excepcion de la indicada sustancia fundamental, y haciéndolo así por creer que proceden de estas, siendo sólo simples transformaciones de ella que se separan y aíslan en medio de su masa, aceptando formas más ó menos variadas y definidas. ¿Se encuentra esta doctrina sólidamente cimentada?

A tal creencia hemos sido llevados por muy diferentes series de consideraciones.

Primeramente se ha expuesto ya en un trabajo anterior que el protoplasma es la sustancia primitiva de toda célula; entendiéndose por esto no que no

pueda formarse un elemento histológico, v. gr., un glóbulo sanguíneo, por la segmentación de otro anterior á él y privado de protoplasma, sino que el primero de estos corpúsculos que se manifiesta en el organismo ha tenido que proceder desde la transformación de uno dotado de tal materia, ó de otro que no hallándose en este caso procedería de formas anteriores que cumplieran con tal condición.

En segundo lugar, la filiación de tales sustancias y las dependencias que entre todas ellas existen, son una demostración directa de la doctrina que venimos sustentando. Al núcleo, por ejemplo, se le ve nacer en medio del protoplasma y conservarse rodeado generalmente por él en todo el curso de su existencia; la membrana no se desarrolla sino muy poco tiempo después de ser abandonada por el contacto del mismo, pareciendo que al cesar la influencia del agente queda todavía por algunos instantes la conservación del impulso recibido; las vacuolas se ofrecen en condiciones semejantes; y ni la clorofila en las plantas, ni la hemoglobina en los animales, ni las grasas en unos y otros, ni los granos de almidón y de aleurona, y, en una palabra, ni todas las demás formaciones análogas, pueden ya engendrarse en el momento en que falta aquel verdadero blastema de donde brota, como de un fondo infinito, tan rica serie de creaciones.

Además, la aparición de todos estos cuerpos es una manifestación de la vida de la célula: el elemento histológico cesa de crecer y de vivir tan luego como le abandona el protoplasma. A simples esqueletos quedan reducidos aquellos cuando esto se realiza, y así como los restos de todo ser experimentan las mil influencias destructoras de las causas exteriores, así también las porciones celulares que sobreviven á la desaparición de la sustancia primera, sufren fatalmente en un plazo más ó menos corto las consecuencias de esta ley universal.

Aquí, por lo tanto, é insistiendo en lo dicho, será necesario tener presente que el carácter más culminante que presentan los distintos cuerpos que van ahora á ocuparnos, es el de derivados del protoplasma, y que su vida depende de la de la célula, expresada á su vez en primer término en la de la materia que acabamos de citar.

Pero una vez sentado esto, deberemos añadir á ello dos nuevas indicaciones con el fin de completarlo. Estas se refieren, ya al valor que aquellos cuerpos tienen por sí propios, ó ya á las relaciones que los encadenan los unos á los otros. Sobre ello podremos decir: primero, que aunque estando siempre bajo la anterior dependencia, cada una de estas formaciones goza de cierta individualidad, teniendo una energía y un desarrollo peculiar en el que se ven á la vez reproducido el tipo total y marcado el carácter propio; y segundo, que un sistema

entero de relaciones las enlaza unas á otras agrupándolas por diversas secciones en cada una de las cuales puede verse reproducida la subordinación antedicha, siendo todas las de ella como derivados de la primera y principal que allí se distingue. Ejemplos de esto hemos de encontrar en el núcleo respecto de los cuerpos que en él se forman; entre la membrana y las materias que en ella nacen; entre la *clorofila* y la *etiolina*, *hipoxantina*, *phicoeritrina* y demas procedentes de su transformación.

Véase, pues, por todo lo anterior que el carácter de sistema y de armonía no puede ser perdido de vista ni un sólo momento en nuestro estudio, si este cuadro ha de ser la copia exacta de lo que se intenta en él figurar. La célula y sus variadas creaciones forman un todo en el que cada parte se halla íntimamente enlazada con las demas. Si esto se olvida, reproduciremos ligeros puntos de detalle, apuntaremos quizás algún dato exacto, pero no nos aproximaremos al estudio de los derivados del protoplasma, ni siquiera del modo imperfecto según el cual podemos hacerlo en este momento, con los escasos descubrimientos que aún poseemos y con nuestra gran falta de fuerza para cumplirlo.

Indiquemos al mismo tiempo, aunque sólo sea de paso, que juzgado con imparcialidad lo hasta hoy conquistado, podrá decirse que ni tal resultado ha sido obra de un momento, ni los progresos realizados en estos últimos tiempos nos han llevado al término de nuestro camino, por más que pueda calificárcelos de muy importantes y aún de verdaderamente gigantescos. El número de estas materias que reciben el nombre de derivaciones del protoplasma aumenta de día en día. El término de cada año señala la adquisición de nuevos datos sobre estos cuerpos; y tal es la acumulación de diversos tipos que se va ya reuniendo, y tal el aspecto bajo el cual aparece ahora este estudio, que casi hay ya poderosos motivos para sospechar que su serie es infinita é inagotable el fondo creador que existe en el protoplasma celular.

De cualquier modo que ello sea, lo que con toda seguridad puede afirmarse es que la diferenciación en la célula es gradual y continua, y que estas transformaciones, que tales resultados producen, no cesan un solo instante. A medida que una materia es creada se introducen con su masa nuevos elementos y condiciones para la generación de otras distintas. El término del elemento histológico es únicamente el hecho que pone un límite á la indicada evolución.

Pero antes de pasar más adelante, deberemos dejar aquí apuntada una doctrina generalmente admitida, que á nuestro entender es errónea.

Los cuerpos que anteriormente se han enumerado son clasificados en general en dos grupos de

propiedades muy distintas. En unos se estudia de un modo detenido la forma, apreciando como una cosa accesoria las indicaciones sobre su naturaleza química, y juzgándolos á ellos como verdaderos órganos celulares. En otros ha imperado, por el contrario, la consideración de la segunda sobre la de la primera, mirándolos en cierto modo como simples materiales en depósito destinados á la nutrición. Se incluyen entre aquellos la membrana, el núcleo y el nucleolo: quedan comprendidos en los segundos el almidón, la aleurona, las grasas y algunos otros. Pero á poco que consideremos esto, nos será fácil ver que ni ninguno de ellos deja de llenar una función singular teniendo señalado su papel en el orden funcional de la célula entera, ni los materiales de formación alguna se libran de contribuir á la nutrición en una época determinada. La anterior distinción carece, por lo tanto, de sólido fundamento.

Mas lo que sí puede hacerse realmente con ella es constituir un doble punto de vista bajo el cual pueden ser considerados todos estos cuerpos. Cabe, en efecto, mirar á tales derivados como nuevas materias creadas por el protoplasma para ser destinadas á la nutrición ulterior del mismo, ó de otros elementos histológicos; y en ellos se descubren también cuerpos agrupados alrededor de otros centros, dotados como de una cierta virtualidad que, según ya hemos dicho, se encuentra en parte subordinada á la total y en parte independiente de ella, poseyendo como un poder de aislamiento y principios de individualización desde la sustancia fundamental.

El carácter dinámico que ellos tienen es también en su origen el mismo.

En el sentido estricto de la palabra, todos podrían recibir el nombre de precipitados celulares. La diferenciación química del protoplasma lleva consigo la oposición de caracteres físicos entre los diferentes cuerpos originados. Entre otras propiedades se marca como una de las primeras la diversa densidad: las materias que llegan á manifestar ésta concluyen por separarse de una ú otra manera. Al precipitarse en distintos puntos, toman variadas formas que se hallan en relación con las diferencias de lugar y con las del estado físico de aquello que les rodea. La membrana que se precipita en la superficie, separándose sus materiales del agua que los arrastra en disolución, se consolida rodeando al protoplasma. Los demas cuerpos que lo hacen en el interior afectan formas de esferas al quedar sometidos á las fuerzas propias ó moleculares. En el estudio por separado de cada uno de aquellos, veremos cómo se cumplen estas leyes en el momento de su generación.

Nosotros hemos dividido, sin embargo, el estudio de estos cuerpos en diversas secciones, y se ha re-

servado el nombre de precipitados celulares para el *núcleo* y el *nucleolo*, á quienes más ordinariamente se concede este carácter, aplicándole también á las *vacuolas*, cuyas grandes analogías con lo anterior, en cuanto al origen, hacen imposible la separación. Las investigaciones sobre las *membranas* han dado ya un número de resultados bastante considerable, y han tomado un carácter tan propio, que obligan á constituir con ellas un solo capítulo. Los demás cuerpos han sido aglomerados en otro, bajo el epígrafe de *Diversas formaciones celulares*. Respecto de los dos primeros, indicaremos que constituyen, á nuestro entender, secciones bastante naturales: de la última deberemos, por el contrario, decir que tiene un marcado carácter de provisional y que deberá irse desmembrando á medida que los progresos de estas ciencias aporten nuevos descubrimientos sobre tales materias.

Dicho lo anterior, es bien poco lo que tenemos que añadir en estos preliminares.

Muchos de tales cuerpos, la generalidad, son formados de un modo lento, sin que sea fácil percibirse del instante en que principia su génesis. Las modificaciones que ha de experimentar el elemento histológico se van modificando poco á poco. Únicamente cuando el cambio se ha producido, llegamos al momento en que podemos percibirnos de él por una comparación entre el estado que le precedió y aquel que le sigue. Hay algunos, por el contrario, que marcan, por decirlo así, con su aparición un período de profundos trastornos; el contenido se enturbia, confundándose las masas y borrándose toda clase de límites. Entre los primeros, podrá citarse la *clorofila*; á los segundos, les servirán de ejemplo los *granos de aleurona*.

Qué significación tenga todo esto, es cosa que hoy no puede esclarecerse. Lo que sí debe indudablemente asegurarse es que la determinación de tan diferentes corpúsculos representa en cada caso el efecto y no la causa de las citadas alteraciones. Paso del protoplasma á otro estado físico, y combustión de sus elementos, parecen ser las dos principales acciones que llevan consigo después la creación de tan distintas y numerosas materias.

Cada uno de estos cuerpos se determina luego por un conjunto de propiedades que se ofrecen en los del mismo grupo de un modo muy constante. De entre todos ellos es menester distinguir, y tal cosa puede hacerse, en efecto, hasta en un primer golpe de vista, aquellos que parecen animados de una gran energía de desarrollo y evolución, de los que se fijan opuestamente con una forma y una serie de circunstancias invariables. Dejando á un lado la membrana, el núcleo y las vacuolas, que son admitidos más generalmente como verdaderos órganos celulares, se tendrá todavía un ejemplo de los com-

prendidos en el primer grupo acudiendo á la *clorofila* y á los granos de almidón. Recordando las propiedades de los cristalóides, se verá confirmado lo dicho para el segundo caso. Mas esta diferencia es tanto más difícil de comprender, cuanto que algunos de los incluidos en distintas secciones vienen á jugar un papel de la misma índole en la nutrición celular. Como ya notaremos en otra serie de trabajos, los granos de almidón y la materia de los cristalóides deben ser juntamente considerados como sustancias almacenadas para servir más adelante: los primeros recorren, sin embargo, un gran ciclo de desarrollo; y los segundos se estacionan en la configuración de un cristal, ó, lo que es lo mismo, en un sistema de equilibrio. Los granos de *clorofila*, que bajo el punto de vista del desenvolvimiento tienen mayor analogía con aquellos, ejercen desde el primer instante una función activísima, determinada é importante. Nada puede señalarse que explique de una manera satisfactoria estas que casi podríamos calificar de verdaderas inarmonías dinámicas y morfológicas. El estado de nuestros conocimientos no es ciertamente en este punto tan alto como fuera de desear para poseer verdaderos principios fundamentales.

Con todo lo que acabamos de decir parecen poder terminarse estas indicaciones generales sobre los cuerpos que van á ser objeto de nuestro estudio; pero no obstante, todavía nos detendremos un momento más para fijarnos de nuevo, reasumiéndolas, en las condiciones del problema.

Recuérdese, en efecto, que, al desarrollar lo anterior, hemos dicho que estudiada ya la sustancia fundamental del elemento histológico, vamos á entrar ahora en las indagaciones de lo que son y lo que representan todos los cuerpos engendrados por ella. Al examinarlos uno por uno, se van á encontrar allí muestras y productos de la actividad de aquella; pero se tendrá también enfrente, en las mismas materias, algo que debe poseer un modo de manifestarse propio, de obrar como por su virtud, de configurarse y de limitarse en separación del protoplasma.

Además, en la larga lista de los cuerpos que se encuentran en este mismo caso, hemos de encontrar muy distintos órdenes de importancia; mucha variedad en las subordinaciones; muchos lazos de unión que, encadenándolos por grupos y subgrupos y de diferentísimos modos según múltiples direcciones, formen con ellos un cuadro de continuidad, no una cadena donde se muestren solo las dependencias de cada eslabón con el siguiente. Estas últimas disposiciones lineales carecen, en efecto, de realidad, son simples formas de abstracción que corresponden á nuestro único modo de poder darnos cuenta de las cosas.

Tengamos, por lo tanto, siempre muy en cuenta, al realizar este estudio, que la dependencia y el encadenamiento que cada vez van teniendo los datos experimentales nos llevan juntamente á considerar á la célula y á sus variadas formaciones como un verdadero y perfecto organismo, y que allí donde parecen notarse lagunas, se descubre nuestra ignorancia y no la discontinuidad del objeto que estudiamos.

Los derivados protoplásmicos se encuentran además distribuidos entre muy distintas células. Si nosotros atendemos á esto, podremos asegurar que cada uno de ellos es la manifestación de la actividad de un corpúsculo diferente. Si recordamos que, conforme ántes se afirmó, todas las células de un cuerpo proceden necesariamente primero del óvulo y luego de las embrionarias, recobramos otra vez el convencimiento de la unidad, que parecía desaparecer, comprendiendo que estamos autorizados para decir *formaciones de la célula* y no *formaciones de estas ó aquellas células*.

Conste, para terminar, esta indicación, que es de sumo interés si es que no ha de creerse que vagamos por la esfera de las abstracciones.

ENRIQUE SERRANO FATIGATI,

Profesor del Instituto de Ciudad-Real.

VIAJE SOBRE UNA BALLENA.

— AVENTURAS DEL CAPITAN ROBERTO KINCARDY.

CAPÍTULO V.

LOS TCHOUKTCHIS. — EL FUERTE CLARA-ANA. — UN *lunch*. — PROYECTOS DEL CAPITAN ROBERTO. — TOUSSENEL Y LAS BALLENAS. — UN FACTOR INCRÉDULO.

Para entretener sus forzados ocios, Kincardy y sus compañeros hicieron algunas excursiones al interior del país; estudiaron su fauna y su flora; cazaron en los Barren-Ground (1); pescaron salmones en los lagos cercanos, y se familiarizaron con los Tchouktchis.

Los Tchouktchis, como dejamos dicho, pertenecían á la raza esquimal. Eran vigorosos cazadores y hábiles pescadores. Montados en sus kayacks, canoas insumergibles construidas con pieles secas de foca, persiguen á las ballenas, los morsos y otros cetáceos á muchas leguas de la costa: armados de azagayas, de lanzas y de hachas, no temen atacar á los osos negros, únicos animales imponentes de

aquellas comarcas. Hombres y mujeres llevan el mismo traje, hecho de pieles de animales, lo que les da un aspecto á un mismo tiempo cómico y salvaje. Los niños los envuelven en diferentes pieles, lo que les hace parecer sacos, más bien que criaturas humanas; en cambio, están bien abrigados, y aunque se caigan, el golpe no tiene consecuencias. Las chozas de los Tchouktchis son muy parecidas á las de los esquimales; su forma es cónica, y tienen el mismo olor fétido y mala distribución que las de estos. La miseria y la suciedad reinan por completo en esos antros ahumados, en los que los europeos no pueden penetrar sin experimentar náuseas y vivas repulsiones.

El 1.º de Agosto, el *Peerless* y el *Swan* se divisaron á lo lejos. Roberto Kincardy montó en una canoa que el jefe del fuerte Alejandro puso á su disposición; atracó á los dos buques y los condujo á la enseada cuyo encuentro tanto le había alegrado. Desde el día siguiente comenzó á descargarse el *Peerless*. Se trasportaron á tierra maderas, hierros, clavos, una fragua, tablas, planchas, en fin, todo lo necesario para una construcción, y el capitán Kincardy señaló el sitio sobre el que debía levantarse el fuerte. Era una colina abrupta, dominando al mar cinco ó seis metros en las mareas muy altas, resguardada de los vientos del Norte y del Este y presentando por algunos lados suave pendiente, por la que podía llegarse hasta la orilla y atracar en ella las barcas y canoas. Los carpinteros, ayudados por los marineros, se pusieron manos á la obra, y bien pronto una habitación espaciosa, pero de forma primitiva, coronó la cima de la colina. Kincardy la llamó *Fuerte Clara-Ana*, en memoria de la mujer á quien tan ciegamente amaba.

Al nuevo fuerte se le rodeó de una muralla de piedra, y para conseguir ésta hubo que barrenar varias rocas con dinamita. Esta precaución no era inútil, porque durante el invierno los animales que pululan en aquellas regiones, se aproximan á las moradas de los hombres, haciéndoles sufrir á veces sensibles é irreparables pérdidas. El fuerte estaba dividido en varios departamentos. Fuera de las habitaciones individuales y la sala comun, en la que se colocó una enorme chimenea, había una habitación para los viveres, otra para municiones, un taller para diferentes trabajos, un establo, y una sala muy espaciosa destinada á contener los objetos que tan bien embalados se encontraban todavía á bordo del *Peerless*. Tanto en el interior como en el exterior, el fuerte tenía un aspecto severo, que armonizaba muy bien con la triste naturaleza que le rodeaba. Solo el cuarto de miss Victoria estaba adornado con muebles, cortinas y tapices lujosos. El capitán Roberto, deseando complacer á su hermana, colocó en sus habitaciones una rica biblioteca, por

* Véanse los números 178 y 179, pág. 124 y 155.

(1) Territorios estériles.

lo escogida, y un piano magnífico comprado en San Francisco.

Los obreros trabajaron con verdadero ahínco; verdad es que Roberto Kincardy les animaba, les vigilaba y les ofrecía á la conclusion buena recompensa. El 10 de Setiembre de 1873 se clavó la última plancha, y la última rendija se calafateo á la perfeccion. En el caballete de la techumbre, puesta en pendiente sumamente rápida se colocó un palo largo, asta gruesa, en la que se enarboló la bandera de los Estados Unidos. Se hubiera dicho que el cielo queria favorecer los trabajos de aquellos obreros improvisados, porque aquel mismo dia el invierno se anunció con un frio muy vivo y la nieve cayó abundantemente en copos congelados por espacio de una hora.

Por la noche se celebró una pequeña fiesta en el fuerte Clara-Ana. La tripulacion de los dos buques, el factor, algunos cazadores del fuerte Alejandro y determinados Tchouktchis se reunieron en la sala principal. Dos lámparas marinas, alimentadas de aceite, iluminaban la pieza: la chimenea, provista, del carbon que el *Swan* encerraba en sus carboneras, derramaba proporcionado calor en la estancia. Platos variados y exquisitos, gracias á los cuidados de Picou, estaban colocados sobre una gran mesa, y cada cual se servía, comía y bebía á su placer. Vinos, cervezas, té, wiskey, café (como se ve, habia para todos los gustos) circulaban profusamente en los vasos y tenían el don de alegrar á los más taciturnos.

—Hé aquí un *lunch* admirablemente preparado,—decía Tony Hogg, paladeando su bebida favorita.

Miss Victoria hacía los honores de la fiesta con una gracia y una amabilidad que encantaban á los asistentes. Guardaba atenciones y tenía delicadezas y conversacion para todos, aun para los Tchouktchis, á los que cuidaba por sí misma para que nada les faltase. Con sus lindas manos servía á los convidados; con su distinguida educacion se adelantaba á sus deseos más pequeños.

—Vamos, señor factor, probad este pastel.

—Gracias, miss; me honrais demasiado.

—Capitan Phipps, ¿no comeis?

—Perdonad, miss; es que descanso un momento para volver á la carga.

—Y vos, Máximo, ¿no quereis sostener el pabellon frances frente al mio?

—Miss Victoria, vos sois encantadora, mientras que yo...

—Callad, porque llegaré á creerlo. Tony, acercad vuestro vaso, que está vacío.

—No le lleneis, porque me vería en la necesidad de beberlo.

Y así seguía la conversacion llena de galanteria, de chistes, de buenas ocurrencias, en las que se

distinguía la alegría que se dibujaba en todos los labios, y que aparecía en todos los rostros. Al cabo de un rato, hasta Picou era valiente, y Taquin hacía preciosos retruécanos. Ni una frase malsonante, ni una palabra poco culta se escapó de los labios de los marinos, y Dios sabe si su vocabulario está lleno de frases y palabras más ó ménos escabrosas; y era, que la presencia de una dama les contenía. El capitan Kincardy, ménos expresivo que su hermana, pero tan solícito como ella, se multiplicaba cerca de los circunstantes, y procuraba saliesen satisfechos de su modesto convite. Su fisonomía revelaba satisfaccion, y sus ojos brillaban de placer. En aquel hombre tan alegre y tan contento no se podía reconocer fácilmente al Roberto Kincardy tan triste y pensativo que paseaba tan solitario por las orillas de la bahía de Massachussets. De pronto reclamó un momento de silencio.

—Callad, callad,—repitieron todos;—el capitan va á hablar.

—Amigos,—dijo Roberto,—brindemos en primer lugar por la prosperidad de nuestro país.

Una salva de aplausos acogió semejante proposicion.

—¡Hurrah, hurrah! Viva la Union!—gritaron todos confundidos en un solo grito.

Los vasos se llenaron, chocaron y se vaciaron.

—Amigos,—continuó el capitan:—deseo deciros por qué estamos aquí, y el proyecto que he concebido y que emprenderé con vuestra ayuda.

—Escuchad todos, escuchad,—exclamó Tony Hogg con voz de trueno.

Como puede pensarse, Máximo Montgeron, Picou y mis Victoria no necesitaban que se les mandase, pues deseaban vivamente conocer el secreto de Roberto Kincardy, secreto que hacía tanto tiempo les preocupaba. Puede asegurarse que, como vulgarmente se dice, eran todo oídos.

—Quiero,—continuó Roberto,—hacer un viaje sobre el lomo de una ballena.

—¿Eh?—murmuró el factor del fuerte Alejandro, que se le figuraba haber oido mal.

—¿Acaso,—continuó Roberto sin prestar atencion á la interrupcion del factor,—es difícil domar una ballena? Dios ha dicho al hombre: «Después de mí, serás el rey de la creacion.» ¿Y el hombre que ha desafiado y neutralizado á los elementos; el hombre que va más deprisa por el agua que el pez dotado de mejores condiciones, que se eleva en el aire más alto que el águila y el condor, que ha dominado y sometido á su poder la agilidad del caballo, la fuerza del buey, del elefante y del dromedario; el hombre no podrá ó no sabrá emplear su inteligencia para conquistar, con un objeto noble y útil, á los colosos del Océano?

Este principio avivó la curiosidad de los convida-

dos, que escucharon con más atención, guardando profundo silencio.

—Conozco las costumbres de las ballenas, y afirmo que con perseverancia y un poco de paciencia es fácil domesticarlas, y esto es lo que me propongo ensayar. Sin embargo, debo confesar que esta idea me la ha sugerido un compatriota vuestro, Máximo, un autor francés, que en sus escritos demuestra saber más que muchos que pasan por *sabios*, y que ha estudiado á los animales con una atención, con talento y con un cuidado admirables. He aquí lo que dice Toussennel: «El hombre no se ha ocupado hasta ahora de los gigantes de la mar, de los inmensos cetáceos, mas que para arponearlos y aprovechar sus restos. Esto es una tontuna y un crimen, porque el hombre no sabe todo el partido que se puede sacar del concurso de esas locomotivas naturales, con un poco de paciencia y una educación apropiada al carácter y costumbres de esos monstruos; y cuando pienso que bastarían quince días á la verdadera ballena ó al cachalote para dar la vuelta al mundo, no puedo ménos de lamentar que la ambición de aprovecharse de semejante auxiliar no se haya apoderado del hombre. ¿Qué conquista sin embargo más extraordinaria que la de hallar un remolcador que anda veinticinco ó treinta nudos cuando ménos por hora?»

Un fuerte rumor estalló en la sala al oír estos detalles, y cada cual interpretó á su modo lo que acababa de escuchar.

—Aun no he acabado,—exclamó Kincardy al cabo de un instante:—escuchadme. Hé aquí cómo continúa Toussennel: «La indiferencia de los modernos acerca de este punto la encuentro tanto más culpable, cuanto parece demostrado, por una porción de pruebas sacadas de la mitología griega, que en la antigüedad fué un hecho la domesticación del delfín. Virgilio, Ovidio, Orfeo, Homero, todas las autoridades más respetables de aquellos tiempos, están acordes en afirmar la existencia de grandes rebaños del dios Neptuno, guardados por el divino Proteo, un prestidigitador de primera fuerza, y que no desmiente el refrán de que todos los pastores tienen algo de brujos. Ahora bien: ¿de qué monstruos marinos podían componerse aquellos auténticos rebaños mas que de variedad de cetáceos, de focas más ó ménos conocidas en la actualidad, y principalmente del delfín macrocéfalo, del que el pincel de los pintores y el cincel de los escultores nos han transmitido los rasgos ligeramente embellecidos? Yo pregunto á mis lectores de buena fe: ¿es posible que todos esos historiadores, esos sutiles analogistas, esas gentes de tanto talento, de prudencia y justicia reconocida, hubiesen asociado el delfín á sus fiestas, á sus juegos y á sus artes; le hubiesen considerado como ilustración en sus glorias nacionales, si no hubiesen obtenido algun bene-

ficio de las relaciones con él? No se pone un pueblo á los piés de un animal, sin razón que lo justifique. Por mi parte, no puedo exigir prueba más excelente de la amabilidad del delfín y de su apasionado gusto por la música que la edificante historia del salvamento de Arion ejecutado por uno de esos inteligentes *sopladores* á la vista de un pueblo sentado en la playa... «Después de lo que he leído, es incontestable para mí que domesticaron á los delfines los antiguos. Si no sometieron á la ballena, fué porque este cetáceo no frecuentaba mas que accidentalmente los sitios entónces habitados.

—Todo lo que nos contais,—dijo el factor,—pertenece al dominio de la fábula.

—Segun y cómo,—replicó Roberto Kincardy.—Entre el mundo moral y el físico existen lazos invisibles que la ciencia descubre todos los días. Las deducciones sacadas de la analogía, descansan en hechos ciertos, ó al ménos muy posibles. Nada hay invencible para el que sabe admirar, estudiar y comprender la Naturaleza.

—Es posible, capitán; pero no creo hayais tomado por lo serio las elucubraciones fantásticas de los griegos.

—Detrás de toda ficción hay una realidad. Vulcano, el dios cojo, es el hombre descubriendo las propiedades del hierro: Tritolomeo, recorriendo la tierra con el carro que le dió Ceres, es la invención del arado: Dédalos, desapareciendo en el horizonte con sus alas, es la aplicación de la vela á la navegación. ¿Cuántos ejemplos podría añadir á los citados? Pero además Arion ha existido y hay de él un himno á Neptuno, que se encuentra en la *Analecta Veterum Poetarum Græcorum* de Brunck.

—Convenido; pero ¿quién os dice que el mito de Arion no tenga la misma significación que el de Orfeo, el hábil músico que doma las bestias feroces con los conmovedores acordes de su lira? Sin duda Arion fué tan solo un sér inteligente y dotado de las más bellas cualidades, que civilizó las poblaciones marítimas y bárbaras del litoral laconiense, cerca del cabo de Matapan.

—¿Y qué importa? ¿No es más difícil á veces domesticar á los hombres que á las fieras?

—Sí, pero la ballena...

—¿Y por qué no? ¿Creeis acaso que el caballo, el toro y el elefante no se habrán resistido cuando se haya tratado de someterlos? Habrá sido preciso conocer sus costumbres, su género de alimentación, sus aptitudes para la civilización, y con algunos esfuerzos y un poco de paciencia, han llegado á ser humildes servidores del hombre. Este no se ha dado por satisfecho, y ha sometido á su cetro las especies que parecían más refractarias á toda dominación y educación: primero, á ciertos cuadrúpedos como el jabalí, el asno, la cabra, el conejo, el

gato, y despues á los hijos alados del aire, esos seres intranquilos y móviles como el elemento en que se agitan: el faisán, el halcón, el cisne, el pavo y el gallo.

—Me habláis de cuadrúpedos y de aves, pero os desafío á que me citeis un pescado amansado por el hombre.

—Porque el hombre no ha pensado jamás en amansar á los peces. Ved, por ejemplo, la ballena, un gigante dotado de una fuerza extraordinaria, tímida, inofensiva como todos los seres cándidos, y que no desea otra cosa que poner al servicio del hombre las excelentes cualidades que posee; y, sin embargo, la ballena se ve perseguida, herida y despedazada por aquel de quien solo podía esperar protección y respeto. Verdaderamente está en su interés no concluir un pacto de amistad. Suponed, por un momento, que alguna persona se vea tentada por los beneficios que producen los despojos de las ballenas; suponed que se la concede medio siglo de respiro, y abandonará los mares polares para descender, como en otros tiempos, hasta los trópicos, se aproximará á las costas, no temerá al hombre, y vendrá á jugar al lado de sus embarcaciones. Esta familiaridad prueba un excelente natural, y pretendo que con un buen procedimiento será fácil dominar y utilizar al Leviatan de los mares.

Los marinos escuchaban esta conversacion con placer. Habitados á los cuentos fantásticos, aficionados á lo maravilloso y sobrenatural, no les sorprendía del todo lo que escuchaban.

—Pero, en fin,—replicó el escéptico factor,—para dominar á los animales de la tierra y del aire hay el recurso de aprisionarlos, se les encierra y se les priva de libertad.

—Así es como pienso obrar. Ya tengo elegida la prisión destinada á reformar á la ballena. Es la ensenada que se extiende al pié del fuerte Clara-Ana; no puede darse cosa más á propósito. Su superficie no tiene más que cuatro kilómetros cuadrados; su profundidad no pasa de cien metros, y el fondo es duro y perfectamente acondicionado. No comunica con el mar mas que por un pequeño estrecho, especie de puerto, que es muy fácil cerrar.

—Teneis la prisión, pero os falta el prisionero. ¿Cómo os apoderareis de una ballena viva y la conducireis á la ensenada?

—Eso es negocio de Tony Hogg.

—Se procurará,—dijo éste vaciando un vaso de vino caliente.

—Y entonces,—añadió Roberto Kincardy,—yo amaestraré á ese gigantesco animal, yo le dominaré, le haré obedecer á mi voz, estableceré sobre su lomo un gabinete portátil, abandonaré el mar de Behring para hacer algunas excursiones en pleno

Océano, costearé las dos Américas y llegaré á Boston el 15 de Setiembre de 1875. Lo aseguro; las poblaciones quedarán absortas, y Josue Halland confesará que soy digno de miss Clara-Ana.

Tony Hogg lanzó un ¡viva el capitán! y la fiesta continuó. Las libaciones se repitieron tan frecuentemente, que los Tchouktchis no tardaron en ver los objetos algo turbios y dormirse como unos bienaventurados. Picou, animado por el ponche, declaró que montaría él solo á caballo sobre el lomo de la ballena. Por su parte, este dicho era solo una fanfarronada, porque creía que nunca llegaría el capitán Roberto á domar una ballena para servirse de ella como de un caballo. Por fin, la hora de la separacion y del reposo llegó. Las gentes del fuerte Alejandro se retiraron las primeras; despues los marineros, unos á sus buques y otros hicieron dormitorio de la sala. Máximo Montgeron reflexionaba sobre lo que acababa de oír y se mostraba tan incrédulo como el factor.

—Esto no es serio,—dijo á miss Victoria ántes de retirarse,—y vuestro hermano no ha pensado en las dificultades y decepciones que le esperan.

—Mi hermano habla siempre en serio.

—Miss, vuestro cariño y adhesión os engañan. Espero que disuadireis al capitán Roberto...

—Al contrario, le animaré.

—Pero no alcanzará el resultado.

—Le alcanzará, y vos le ayudareis, Máximo.

—Por seros agradable haré cuanto queráis, pero estad segura de que nos aguarda un desengaño.

—Pues yo os aseguro que nuestro éxito será brillantísimo.

—CAPÍTULO VI.

DESPECHO DE TONY HOGG.—CAZA DE LA BALLENA POR LOS TCHOUKTCHIS.—*¡Whale! ¡A right whale! She blows!*—LUCHA.—AMOR MATERNAL.—UN BAÑO INESPERADO.—EL *Peerless* ECHADO Á PIQUE.

Durante los tres ó cuatro dias que siguieron á la fiesta del fuerte Clara-Ana, los marineros acabaron de descargar el *Peerless* y prepararon las piraguas y todos los utensilios indispensables para la pesca de los cetáceos. Entre tanto, la temperatura subió algo, y los rayos del pálido sol de Setiembre derrieron la nieve que había caído.

Para hombres experimentados como Roberto Kincardy y Tony Hogg, nada era tan fácil como perseguir una ballena y matarla; ¿pero cómo se apoderaban de una viva? ¿cómo la conducían á la ensenada? El *arponero*, á pesar de su habitual aplomo, no estaba tranquilo; creía haberse engañado y no poder salir airoso. Bien es verdad que achacaba las seguridades que había dado á efectos del brandy, de ese «pícaro brandy» que trastorna la razón del

más ilustre sabio de la misma manera que la del último marinero. Y por lo bajo se lamentaba de su intemperancia, diciendo:

—¡Villano, estúpido, *drunkard* (1) incorregible, te está bien empleado! Cuando te embriagas no dudas; te parece posible coger la luna con las manos, y cuando el efecto del alcohol ha desaparecido, no sirves para nada.

Picou se alegraba y se frotaba las manos, lo cual no era muy caritativo; pero creía que la vanidad del Sr. Tony Hogg merecía una lección.

Después de cuatro ó cinco tentativas, el *Peerless* tomó el largo, y los vigías señalaron muchas ballenas. La tripulación, dividida en varias chalupas, se acercaron á los cetáceos, y procuraron espantarlos y dirigirlos al fuerte Clara-Ana, pero sus maniobras no produjeron resultado. Tony pensó que si hería ligeramente á alguna ballena, sería más fácil conducirla á la ensenada. Dominado por esta idea, se aproximó á una y logró hierirla oblicuamente con un arpon en el lado:

—¡Atención!—gritó;—el animal es nuestro si conseguimos cansarle.

Pero la ballena, cuyos tendones no habían sido heridos, conservaba toda su fuerza y huía con extraordinaria velocidad. Se sumergió y anduvo por debajo del agua más de un kilómetro, según se vió por la cuerda; reapareció para respirar, y aunque Tony Hogg pudo lanzarla otro arpon y hierirla gravemente ó matarla, prefirió observar y esperar. Después de haber respirado y proyectado dos columnas de vapor por sus espiráculos, la ballena desapareció y comenzó de nuevo su desenfrenada carrera. Desgraciadamente, la cuerda no era bastante larga. Un juramento salió de la boca de Tony Hogg; la presa se le escapaba.

—¡Mil legiones de diablos!—dijo mirando con despecho delante de él;—si vuelvo á encontrar á ese *whale*, no le concederé perdón.

Colocados en sus kayacks, los Tchouktchis que seguían al *Peerless* desde que el buque había abandonado la costa, pidieron permiso para perseguir á la ballena herida.

—Os la abandono,—dijo Tony Hogg con mal humor.

Entonces la tripulación del *Peerless* asistió á un espectáculo curioso, extraño.

Rápidos como flechas, remando con ardor, los Tchouktchis se lanzaron en persecución del monstruo. Eran unos cincuenta los hombres que había embarcados en las diversas canoas. Con sus rostros pintados y sus especiales trajes, parecían cincuenta demonios bailando una zarabanda infernal sobre la cresta de las olas. La ballena reapareció, y acto

continuo los Tchouktchis la cercaron lanzándola una nube de arpones fabricados groseramente por ellos, y terminados con una vejiga llena de aire. La ballena tembló, agitó violentamente su cola y volvió á sumergirse, pero sus enemigos la siguieron á fuerza de remo, y gracias á las vejigas que servían de guía, la asaltaron de nuevo cuando mostró su cuerpo fuera del agua. Trató de sumergirse una vez más, pero en vano: dibilitada por numerosas heridas, sostenida á flor de agua por las vejigas que la cubrían, recibió multitud de lanzadas que terminaron su agonía. En seguida los naturales cortaron largas y delgadas lonchas de carne, que saborearon con placer.

Todo esto, sin embargo, no colocaba á Tony Hogg en mejor posición. Estaba vejado, humillado y no sabía qué medio emplear para apoderarse de una ballena viva. El arponero volvió al fuerte Clara-Ana para declarar al capitán Roberto que renunciaba á la misión que le había encargado, visto que el diablo mismo, á pesar de sus infernales medios, no podía conseguir resultado alguno.

—¿Qué me cuentas?—dijo Roberto Kincardy sonriendo.—¿Cómo! ¿tú, un viejo lobo de mar, el más hábil marino de Salem, retroceder ante el primer obstáculo? ¿qué has hecho de tu experiencia? Créeme; no hay cosa tan fácil como apoderarse de un cetáceo vivo, siendo como es un animal tranquilo y dulce como un cordero.

—Capitán, quisiera ver lo que vos haciais.

—Y lo verás, vive Dios; y lo que es más, venceré á la primera vez, siempre que las condiciones sean las que se necesitan.

—Pero ¿cómo os compondreis?

—Tony Hogg, amigo Tony, eres un imbécil. Hace veinte años que navegas en los mares polares; hace veinte años que vives entre ballenas, y no has sabido estudiar y comprender sus costumbres. Yo buscaré una ballena acompañada de su ballenato; daré caza á éste; le mataré, y le llevaré al fuerte Clara Ana; y como sé que la madre no consentirá en abandonar á su cria, la seguirá, y la encerraré en la prisión que la tengo preparada. ¿Qué te parece mi idea?

—Capitán, lo habeis dicho, soy un bestia, un borracho, un imbécil. No discurro más que un perro. *Good, good*, una idea tan sencilla. Una idea que se le hubiera ocurrido á un bebé de cuatro años: preciso es que sea muy bruto, cuando no se me ha ocurrido.

—Vamos, consuélate; mañana pescaremos juntos. Roberto Kincardy pensaba razonablemente.

La ballena, en efecto, encierra en su amor maternal tesoros de ternura para su prole amenazada. La anima á huir, la empuja, la levanta y la lleva con toda la velocidad que puede emplear. Cuando el

(1) Borracho.

ballenato está muerto y amarrado y las piraguas se le llevan, le sigue, procura volverle á la vida, y no le abandona hasta despues de haber empleado todos los medios de salvacion. No existen para ella peligros, pues es víctima de sus afecciones. Los arponeros saben tan bien esto, que se ocupan siempre primero del hijo, seguros que la madre no se alejará y presentará ella misma el cuerpo á sus enemigos.

Al dia siguiente el *Peerlees*, teniendo á su bordo á Roberto Kincardy, Tony Hogg, Máximo Montgeron y Picou, se lanzó á alta mar. Durante la mañana no se apercibieron más que algunos delfines que se bañaban tranquilamente; por fin, hacía las dos de la tarde, el vigía gritó:

—*Whale! Á right whale! She blows* (¡una ballena, una ballena franca; se la ve respirar!)

—¿Está sola?—preguntó el capitan Roberto.

—Esperad un momento.

Despues de cinco minutos de observacion, el vigía dijo:

—Capitan, la ballena está acompañada de su *young whale*. Se perciben cuatro saltadores de vapor, y dos de ellos tienen muy poca altura.

Tres piraguas se lanzaron en el acto al mar. Kincardy y Tony Hogg se colocaron en la primera. Los remeros se apoyaron con todas sus fuerzas sobre las bandas, y la embarcacion surcó rápidamente las olas. Cuando llegó al lugar señalado por el vigía, la ballena y el ballenato desaparecieron en el abismo. Tony lanzó una imprecacion furiosa, pero Roberto le ordenó se callase. Observando la manera como los cetáceos habían inclinado sus colas, la direccion que habían tomado, el número de respiraciones que habían hecho, y el tiempo aproximado que suelen estar bajo el agua, Kincardy designó el sitio en que debían reaparecer los monstruos, y mandó navegar hácia el Nordeste.

Al cabo de media hora, los cetáceos aparecieron presentando la extremidad de su cabeza, y una cuádruple columna de vapor opaco se escapaba de sus espiráculos. Poco á poco fueron saliendo y enseñando todas las partes superiores de sus negruzcos cuerpos. El ballenato, imprudente como todo jóven inexperto, jugaba y daba vueltas alrededor de la madre, aproximándose á cuatro ó cinco metros de la chalupa, en la que reinaba completo silencio.

—¡Tira!—gritó Roberto Kincardy.

Tony Hogg lanzó el arpon con una seguridad admirable. El arma atravesó el aire y penetró vibrando en el dorso del *young whale*.

En el acto comenzó una carrera extraordinaria. El animal herido lanzó un sordo rugido, se sumergió y corría con una rapidez vertiginosa. La madre se sumergió tambien para socorrer á su hijo. Durante este tiempo las otras dos chalupas llegaron y

echaron sus amarras á la primera para hacerse remolcar y contrarrestar en algo la velocidad. El arpon estaba sólidamente clavado, segun aseguraba Tony; pero sin duda no había interesado ningun órgano esencial á la vida, porque el ballenato conservaba toda su energia y navegaba vigorosamente, aunque era probable que la ballena le ayudase y empujase. Las embarcaciones pasaban como disparadas á través de las olas, levantando nubes de espuma y dejando una estela brillante.

Al cabo de veinte minutos, los dos animales, cansados y anhelantes, aparecieron de nuevo en la superficie dando grandes resoplidos.

—¡Tira!—gritó otra vez Roberto Kincardy cuando se hubieron acercado.

Un segundo arpon salió de las manos de Tony, el cual, mejor dirigido, penetró por cerca de la oreja é hirió gravemente al animal, pues sus espiráculos lanzaron dos columnas de sangre que enrojecieron las aguas, y ántes de que hubiese tenido tiempo de sumergirse de nuevo recibió algunas lanzadas que atravesaron sus pulmones.

El ballenato se estremeció, agitóse vivamente, lloró, para valernos de la pintoresca expresion de los marineros, y murió. Su largo se aproximaba á 12 metros. Lo principal estaba hecho; solo quedaba trasportar al animal. La madre estaba amenazadora y furiosa; se aproximó á su hijo, procuró echársele encima para llevarle lejos, y, haciendo mil extremos cariñosos, procuraba volverle á la vida; despues, convencida de la inutilidad de sus esfuerzos, se sumergió diferentes veces y lanzó formidables gemidos. Una de las veces cogió por delante á una de las canoas, levantó la embarcacion como una pluma á buena altura, y la hizo zozobrar. Si la ballena no hubiese estado afectada por su terrible dolor, no hubiese quedado ninguno de los tripulantes para contarle, pues les hubiera hecho pedazos con su poderosa cola. Socorros prontamente organizados salvaron á los náufragos; pero Picou, Picou que había querido adiestrarse en aquella pesca, estaba en la canoa volcada. Jamás ha podido verse una cara más desfigurada, ni jamás criatura alguna lanzó tan terribles gritos.

—¡A mí, socorro!.. ¡la ballena va á devorarme, me persigue... ya me coge!—repecía Picou todo asustado y nadando como un triton.

Y Tony Hogg, que sabía que las ballenas no tienen dientes, y por tanto que no pueden atacar ni hacer presa, el feroz Tony Hogg se reía.

—¡Eh, Antonio!—exclamaba;—ahora es la ocasion de que cumplas tu promesa de montarte á caballo.

Temiendo, sin embargo, que el miedo paralizase los movimientos del criado, acudió en su ayuda, y le subió á la piragua, diciéndole:

—No tengas miedo, poltron; este baño, si no te sienta bien, tampoco te sentará mal.

—¡Ah, me acordaré siempre de este baño inesperado!—replicó Picou, algo más tranquilo.—Voy á coger un reuma que me durará toda la vida.

Dos nuevas cuerdas se fijaron sobre el cadáver del ballenato y se amarraron fuertemente á la popa del *Peerless*. Se subieron las canoas y se gobernó en demanda del fuerte Clara-Ana, remolcando al cetáceo.

Las cuerdas tenían de largo 150 brazas, y por tanto, era fácil ver lo que pasaba á esta distancia. Kincardy, de pié en el castillo de popa, vigilaba á la ballena, y se aseguró de que seguía á su hijo sin parecer dispuesta á abandonarle.

Una hora ántes de anochecer, el *Peerless* entró con precaucion en la ensenada y ancló á tres cables de la entrada. La ballena dudó pasar por tan estrecho sitio. Se sumergió diversas veces, como para reconocer el terreno; se alejó, se fué y vino de nuevo; pero, por fin, el amor maternal pudo más, y franqueó resueltamente el estrecho.

Roberto respiró á su vez.

—Capitan Phipps,—ordenó,—dejad las cuerdas, abandonad el ballenato y guardad el estrecho para impedir la salida de la ballena.

El *Peerless* fué á cumplir la orden.

Roberto y algunos marineros se dirigieron al fuerte Clara-Ana para anunciar gozosamente á miss Victoria la importante captura, y subieron en seguida á bordo del *Swan*, que fué á fondear al lado del *Peerless*. En el instante, una obra de destruccion empezó en este buque. Se descargó todo lo que en él había aún: ni un objeto útil quedó á bordo, consagrandó á este trabajo toda la noche. Si la ballena pensó escaparse, debió retroceder ante el ruido que formaban las voces de los marimeros y los martillazos y golpes de hacha con que llevaban á cabo el desmantelamiento del buque. Por la mañana (era el 20 de Setiembre), el *Peerless* se encontraba desmantelado y sin nada que valiese á bordo. El *Swan* se alejó, y fué á estacionarse todo lo más cerca posible del fuerte Alejandro. No debía volver á la pequeña bahía que abandonaba. En el momento del flujo, Kindardy hizo sondear el estrecho y examinó con atencion la sonda. Este exámen le satisfizo, pues exclamó:

—Capitan Phipps, botad las chalupas al agua, desembarcad á la gente y echad á pique el *Peerless*.

Algunos marineros creyeron haber oido mal. Sumergir un navío recién compuesto y que mal vendido valdria 60.000 dollars, y sumergirlo voluntariamente, era en su concepto increíble.

Pero el capitan Phipps, que tenía la excelente costumbre de ejecutar puntualmente las órdenes que recibia, envió dos carpinteros á la cala con orden de

practicar una gran abertura en la quilla. El agua invadió el buque que lentamente se iba hundiendo. Para que las corrientes no le moviesen le sujetaron con todas sus anclas y cadenas de hierro. Bien pronto desapareció, y al hundirse obstruyó el estrecho. Sólo habia dos metros de agua por cima de la cubierta del buque. Estaba, pues, la ballena presa en la ensenada, que en su honor se llamó *whale-bay* (1). Podia temerse que el coloso se aprovechase de las altas mareas para escapar; pero el aparejo del buque formaba una especie de red gigantesca y no permitia el paso de una masa tan voluminosa como la del cetáceo, y además era fácil aumentar, y se aumentó y reforzó aquella red con cuerdas, cadenas, etc., sujetas en la tierra y unidas al aparejo.

Los Tchouktchis condujeron á tierra al ballenato y se regalaron opíparamente acto continuo con los trozos más delicados, derritiendo el resto para extraer el aceite. A la ballena se la vió varias veces; parecia ménos agitada que la víspera y nadaba lenta y majestuosamente como para reconocer su nuevo domicilio.

—¡Bueno!—dijo Kincardy frotándose las manos;—ya tengo mi *discípulo*. Dentro de algunos dias comenzaré su educacion.

A. BROWN.

(Continuará).

BIBLIOGRAFÍA.

FERMIN HERRAN Y SU DISCURSO CERVÁNTICO.

La verdad es que, digan cuanto quieran los pesimistas, no estamos tan dejados de la mano de Dios como estos señores aseguran.

En negros y amontonados nubarrones se han tornado los un dia rientes y serenos celajes de la española patria, esto es evidente; pero es de evidencia no menor que en la sociedad, como en la naturaleza, hay leyes salvadoras nunca desmentidas, y así como en lo físico son prendas de bonanza la claridad en el horizonte y el iris en el cielo, así para el porvenir del suelo hispano es prenda de dicha y regocijo cierta porcion de la española juventud, donde es digno y justo que la patria cifre sus más queridas esperanzas.

Las ciencias, las artes y las letras, de bracero con la política y el crédito, andan aquí de capa caída—si es que les ha quedado capa—y dando á cada paso un tropezon; mas si hay ahora pocas manos que tiendan eficaz apoyo á esas altas y excelentes cosas, si hay escasas y pobres voluntades que se

(1) Bahía de la ballena.

esfuerzen en enderezarlas á buenos fines por rectos senderos, hay también ánimos valientes no debilitados por la indiferencia ni envilecidos por influjos corruptores; hay ánimos briosos para quienes no es un sueño nuestra regeneración ni una inútil locura el intentarla.

Y á semejanza de aquellas palabras que dijo el Tirteo de nuestros tiempos:

¡Hay patria, Veremundo! ¿No la siente
Todo buen español dentro en su pecho?

la juventud hispana puede exclamar: ¡Hay bello y esplendente porvenir para la patria! ¿No sentimos acaso dentro de nuestros pechos los gérmenes de la fe, de la esperanza y del amor? ¿No han de fructificar pródicamente en lo venidero tales y tan nobles sentimientos, si se cultivan con laboriosidad exquisita y constancia inquebrantable?

A cuyas razones no faltará quien responda con torcido gesto y de fijo, de fijo acariciando blancos mostachos ó enjugando el sudor de venerable calva:

—¡La juventud! ¡Buena está la juventud! ¿Qué es lo que da de sí? Frivolidad, escepticismo, ignorancia encubierta bajo el deshilachado manto de vana ilustración... ¿Qué hacen los jóvenes de ahora; por ejemplo, los que nacidos á la sombra de añejas glorias ó de escudos de moderno cuño, están destinados á ser caudillos en el ejército social?... Sus estudios son los del libro de cuarenta hojas ó del arte—permítaseme decirlo así—que diera celebridad á Pedro Romero y á Francisco Montes. Sus ejercicios físicos, los del exótico y ridículo *Skating-Ring*. Sus solaces, la imitación de los grotescos *clowns* y aun la parodia de las desvergonzadas *ecuyéres*... ¡Esto es lo que hace la juventud de España! ¿Y así ha de regenerarnos? ¿así ha de conducirnos á puerto de segura salvación?... ¡Medrados estamos, á fe mía!

Harto fundadas serían tales quejas, harto justos cuantos cargos se hagan á tales gentes; pero ¡ah! junto á esa juventud, merecedora de todos los satíricos latigazos de Juvenal, de todas las punzantes burlas de Quevedo y de toda la ironía inimitable de Cervantes; junto á esa porción de gentes, sumida en el fango de las bajas concupiscencias, olvidada de lo que se debe á sí misma, ignorante de los destinos que en la sociedad debe cumplir, hay otra porción selecta de ánimos viriles, que se amaestra con las enseñanzas del ayer, se entrega hoy á laboriosa actividad y tiene fe en el mañana; porción lucidísima de la juventud ibera, donde llamean generosas ideas y arden ímpetus bizarros, donde el cultivo exquisito de la inteligencia se concilia con la sana pureza del espíritu, donde se inspiraría, en fin, otra vez el inmortal filósofo cristiano para cantar el himno fervoroso:

Recedant vetera,
Nova sint omnia,
Corda, voces et opera...

Muchos, aunque no tantos como fuera de desear, muchos y de valer legítimo son los jóvenes que forman en las filas de esa pléyade brillante.

Permítaseme escribir algunas líneas sobre el estimable mérito de uno de ellos, ya que tantos y tan largos párrafos dedican las plumas bien cortadas á los hombres que un tiempo cautivaron la atención de las gentes y á los que hoy gozan los favores del público renombre.

Entre los ingenios que con más gallarda decisión y alientos más briosos rompen la marcha en el movimiento intelectual de nuestros días, entre los jóvenes que sin duda están destinados á acaudillarlo y dirigirlo en días venideros—dígoles sin padecer achaques de augur y sin tener humos de profeta—está el literato y orador alavés D. Fermin Herrán.

¿Quién es Herrán?

Sábenlo bien cuantos siguen con mirada atenta las evoluciones de nuestra cultura contemporánea; sábenlo mejor cuantos sienten solícito interés por el presente y el porvenir de las letras españolas.

Mas no anda tan informada en este punto la masa común de las gentes ilustradas, y no es maravilla que así sea.—Fermin Herrán es un literato que ha estudiado con verdaderas seriedad y constancia, que posee á la par singulares dotes de escritor correcto y elegante y prendas valiosas de orador fluido y excelente, pero á quien hasta ahora ni en el Ateneo de la calle de la Montera, ni en las redacciones de los diarios cortesanos, ni siquiera en los saloncillos del café Suizo se le ha visto alardear ostensiblemente de su saber y de su ingenio. Es un joven que en vez de acercarse á ese centro de atracción donde se elaboran, bruñen y esmaltan todas las reputaciones, donde se abrillantan todos los méritos con las luminosas facetas de la fama, ha preferido trabajar en esfera más apartada y modesta.

Amante entusiasta de su patria, la noble tierra euskara, donde ha sido, es y será profeta, desmintiendo nada menos que una sentencia evangélica, Herrán ha consagrado hasta ahora á sus paisanos las tareas fructíferas de su rica actividad intelectual en vez de comerciar con ellas en el mercado cortesano. En lugar de buscarse el puesto distinguido que merece entre los escritores de Madrid, háse cuidado más de ser el alma, como lo es en efecto, del notable desarrollo que desde pocos años há se ha verificado en la cultura de Alava, de esa provincia donde Becerro, Manteli, Arbulo, Baraibar, Apraiz y tantos otros jóvenes son representantes esclarecidos del ingenio y de la ciencia.

Salido apenas de la adolescencia, vióse ya á Fermin Herrán asociado á todo linaje de empresas generosas, y entrado apenas en su pleno desarrollo intelectual, se le ha visto iniciarlas por sí mismo y poner á su servicio el caudal entero de elementos morales y materiales que allegaba con incansable actividad.

Amén de cuanto Herrán ha hecho en la prensa y en la tribuna académica, que no ha sido poco ni mediano, sino mucho y bueno, una de las empresas que ha acometido con mayores ánimos y que más de realce ha puesto su férvido amor á la literatura y á los literatos es la fundacion de una *Biblioteca Escogida* donde por bien entendidos modos se libra-se á los autores españoles, singularmente á los jóvenes y poco conocidos, del yugo nada suave de los editores, á la vez que del peligro que entraña el editar las obras por propia cuenta. Publicóse un tomo de esta *Biblioteca*; mas no prosperó la idea feliz de Herrán; acaso por culpa de las circunstancias extremadamente azarosas que á la sazón dominaban en en nuestra patria, acaso por haberse acreditado en esta como en otras mil ocasiones la gran verdad de aquello de que «en España el comprar libros es un vicio.»

Entre los caracteres más dignos de atencion que en los estudios literarios contemporáneos deben atraer la observacion del crítico, está la aficion que hácia todo lo relativo á Cervantes y sus obras se ha extendido. No he de negar, aunque lo deploro, que el entusiasmo cervántico á veces casi ha tocado los límites del extravío y que á más de cuatro cervantistas se puede aplicar la recomendacion aquella que el príncipe de Talleyrand dirigiera á sus agentes diplomáticos. Pero nadie ha de negar serenamente los provechos notables que á los estudios críticos, á la literatura española y á la gloria del autor del *Quijote* ha traído este hermoso movimiento, donde han intervenido los literatos y artistas todos que algo valen hoy.

Parte principalísima cabe á Fermin Herrán en el desarrollo de las aficiones cervánticas. Merced á su iniciativa y á la de otros dignos amigos y colegas, se fundó en la ciudad de Vitoria, el año 1872, la Academia Cervántica Española, única consagrada á rendir frecuentes tributos de admiracion al inmortal prosista castellano.

La Academia vive, y es el alma de su vida próspera el infatigable Herrán, á quien sus compañeros han elegido presidente varias veces, rindiendo así homenaje justísimo á sus méritos y trabajos.

El amor á los escritores jóvenes que ansían dar á conocer su nombre y obras, constituye una de las peculiares cualidades de Fermin Herrán. Si la suma de todos los esfuerzos que por muchos de ellos ha hecho el joven literato alavés hubiese tenido por

objeto satisfacer las aspiraciones propias, éstas se verían ya cumplidamente satisfechas. No se pierden, empero, los gérmenes de las bondades de Herrán, porque le proporcionan continua y pródiga cosecha de amistades y simpatías. Es imposible que no le estimen profundamente cuantos hayan tenido ocasion de poner á prueba sus dotes excelentes.

En estos años han salido de las prensas españolas muchos libros que llevan al frente de sus hojas muestras patentes de la afabilidad de mi laborioso amigo. Herrán tiene la manía de los prólogos. ¿Es esto un defecto? Dios me libre de creerlo así. Es, por el contrario, prueba evidente del cariño que profesa á todos sus hermanos en la cofradía de las letras, cariño tanto más valioso, cuanto más raro es entre los individuos de esta mal avenida hermandad.

Agrégase á esta particular aficion de Herrán la que profesa hácia todos los que, por gusto ó por necesidad, viven alejados del centro de la nacion y ocultan en las provincias los ricos dones de su talento.

Las tendencias sobrado absorbentes y centralizadoras de Madrid han encontrado en Fermin Herrán, no un enemigo, porque éste á nadie aborrece, mas sí un individuo de idea valiente y vigorosa accion que opusiera á tan dañoso exclusivismo elementos de vida intelectual más amplia y difundida.

Los trabajos que, coronados por éxito feliz, llevara á cabo en su provincia, quiso extenderlos en el grado de su esfuerzo á las demas de la Península, y fundó pocos meses há la *Revista de las Provincias*. Dichosa acogida ha logrado esta publicacion desde que apareció en el estádio periodístico, y si no obtiene todo cuanto merece por lo que representa y lo que vale, cúlpese á la apatía de los indiferentes provincianos y no á Herrán en modo alguno; que los móviles que le guían en tal empresa, donde consume un caudal de paciencia y de dinero, son harto nobles y elevados.

Nobles y elevados, sí, pero temo que sean inútiles para su fin principal: el de prestar ayuda efficacísima á la pública estimacion de las inteligencias que yazgan oscurecidas. La corte, si se me permite el símil, es como el Maelstrom de los ingenios. El que en algo sobresale y quiere bogar por los mares de la fama, en vano es que pretenda huir de las tumultuosas y revueltas aguas de la vorágine; la atraccion de ésta es incontrastable y á ella se sucumbe tarde ó temprano.

Desengáñese el director de la *Revista de las Provincias*; él, que ha sentado los sólidos fundamentos de su reputacion léjos de Madrid; él, que desde el seno de su provincia se ha granjeado tanto cariño y tanta estimacion, él mismo habrá de rendir tributo á

la insaciable voracidad del centro madrileño, si quiere dar cima á las empresas útiles y gloriosas donde le llaman sus felices disposiciones, donde quieren verle cuantos han tenido ocasion de evaluar sus brillantes calidades.

Después de haber puesto de relieve los merecimientos literarios de Fermin Herrán, miremos su valía desde otro punto de vista.

«Fermin Herrán es un verdadero orador, y pocos hay que como él unan al talento natural, erudicion, facundia y fuerza de argumentacion; un amor tan entusiasta á su país natal, á sus libertades y costumbres, un ánimo tan decidido á su defensa, una firmeza en sus principios tan rara y una voluntad tan inquebrantable en sus resoluciones.»

Esto ha dicho de él un escritor, cuyo imparcial juicio está garantizado por la amigable severidad con que alguna otra vez ha tratado á Herrán.

Y esas palabras expresan una verdad innegable. Herrán reúne en sí las condiciones todas que son precisas al orador moderno. El temple de su brio iguala al entusiasmo de sus sentimientos; la alteza de sus miras corre parejas con la agudeza de su intencion; el caudal de sus eruditos conocimientos no va en zaga á la lozana brillantez de su imaginativa. Siente y sabe hacer sentir; sabe y utiliza discretamente su saber; ha estudiado con predileccion el arte sublime de la oratoria, y conoce perfectamente sus recursos á la par que posee sus bases en grado y suma que no á todos es dado reunir.

El Ateneo de Vitoria y la Academia Cervántica Española han sido testigos de cuánto puede lograr la palabra elocuente del jóven alavés. Pero esta no puede ni debe encerrarse en límites estrechos. Sus acentos son asaz hermosos y potentes para ahogarse en pequeño espacio: resuenen en sitios más públicos y solemnes, hallen eco en mayor número de entusiastas corazones y de privilegiados entendimientos; y la enseñanza ajena, el propio estímulo, el calor de las luchas intelectuales, el aplauso, la fama, todo lo que es necesario, en fin, al orador como al pez el agua y al ave los espacios, acrecerá las fuerzas de Fermin Herrán y le llevará á donde la esplendidez de su talento y la inagotable actividad de su espíritu le llaman.

El más hermoso alarde de sus dotes oratorias hizolo Herrán al pronunciar en la Academia Cervántica el *Elogio Fúnebre* del inmortal Principe de la literatura ibera; hermoso alarde en verdad de grandilocuencia, mas no tan bello como puede hacerlo el jóven orador si se le ofrecen motivos y ocasiones.

Circunstancias especiales del momento, que no son ahora de apuntar, lleváronle á la tribuna de la

Academia, no á decir un discurso académico, repleto de erudicion en el fondo y pulido en la forma por acompasada manera, sino á demostrar plenamente á sus paisanos que podían contar con un verdadero orador, capaz de probar en cualquier punto y hora condiciones de tal, rebosando en gallardía y fluidez, razonando con sólidos argumentos, dándoles color brillante con las vividas tintas de la fantasía.

Los deseos de Herrán viéronse colmados hasta el exceso. El efecto de su bella peroracion superó las mejores esperanzas. Cuantos se sintieron conmovidos por la destreza y entusiasmo con que describió Herrán el carácter de Cervantes y su siglo—¡siglo de oro para el nombre español!—cuantos vieron pasar ántes los ojos de la mente tan seductoras imágenes, tan armónicos y bien entonados cuadros, tanto entusiasmo y tanta valentía, saludaron unánimes en el jóven alavés al orador de la noble *escaulherria*, al que puede con fruto sin igual poner su talento al servicio de los intereses vascongados, como ya lo ha puesto á la devocion entera y ardiente de sus queridos ideales.

Lo que más extraña en Herrán es hallar en su elocuente frase férvida vivacidad y caloroso arrebató que no se echan de ver en el carácter de los vascos. El alma de Herrán posee la energía de las de sus hermanos, mas no su frialdad. Parece como que el *Gulf-Stream*, al tocar las costas vascas, le llevó en su cálida corriente encendidos átomos del fuego tropical, bullentes partículas que aceleran el latir de los corazones y acrecientan el hervor de la vida.

El *Elogio Fúnebre* de Herrán pierde no poco si es leído en la soledad del gabinete, faltándole el calor de la palabra del autor y los reflejos de su inspiracion luminosa. Aquella misma exuberancia de imágenes, aquel exceso de frases que tienen bastante de las ponderaciones meridionales hacen á veces aparecer aquella pompa un tantico ampulosa y recargada.

Fermin Herrán es, en fin, bella y legitima esperanza de la hispana juventud. Mucho vale, pero promete mucho más. Me complazco grandemente en reconocerlo así, y tengo á orgullo el ensalzarle y aplaudirle, á despecho de los que me llamen manipulador de incensario y á pesar de los que aseguran—no sé con qué grado de buena fe—que el verdadero mérito se eleva más cuanto más se procura abatirlo.

Si no estuviera firmísimamente persuadido de haber cumplido con mi deber diciendo lisa y llana la verdad,—tal cual la siento,—casi, casi me arrepentiría de haber borroneado estas prolijas líneas.

En este siglo, que Breton llamó del vapor y del buen tono, y otros denominan del *puff* y del reclamo, y sobre todo en estas tierras donde tanto nos pagamos de la brillante apariencia de las cosas, necesita hacer el ánimo imparcial esfuerzos poderosos para ensalzar el mérito verdadero. Los elogios más sinceros, los más espontáneos aplausos, corren peligro casi inevitable de ser equivocados con esos himnos laudatorios que, con ruidoso acompañamiento de bombo y platillos, se escuchan á todas horas. La verdad se confunde con la mentira, y viceversa. El afán del *incensémonos* se ha apoderado de todos de tal manera, que ya el crítico justo é imparcial casi no tiene más remedio que empuñar constantemente la *virga ferrea* y sacudir á diestro y siniestro sin misericordia.

No embargantes estas consideraciones harto tristes, á los que aún sentimos en el alma el candor del entusiasmo, á los que aún mantenemos vivo en el corazón el fuego de las gratas ilusiones, permitáse-nos desarrugar el entrecejo alguna vez y dar vado á esos generosos sentimientos que lleva en sí el alma humana cual blason patente de divina estirpe.

¡Es tan grato enaltecer el mérito de un jóven, de un amigo, de un compañero! ¡Es tan hermoso sentir con él, creer en él y esperar de él que cumpla con creces las promesas de su ingenio excelente! La misión del crítico severo, avezado ya á las luchas de la vida intelectual, es aleccionar con su experiencia, aconsejar derecha y sanamente con criterio justo y elevado. El deber del jóven que entra á batallar en el campo de la inteligencia, es llevar á él el calor del entusiasmo, sostener la verdad animado el espíritu por buenas intenciones, palpar al unisono con los corazones juveniles que renuevan la vida en la envejecida sociedad, vivir con quienes la dan savia fecunda y espíritu robusto; marchar, en fin, con quienes la empujan en marcha majestuosa por las sendas del progreso verdadero hácia los altos fines humanos y sociales.

MARIANO DE CÁVIA.

MISCELÁNEA.

Reproducción telegráfica de planchas estereotípicas.

Un americano acaba de encontrar un procedimiento para reproducir, por telégrafo, planchas estereotípicas. Por este medio puede trasmitirse de un punto á otro una página entera de periódico, con la ventaja de que la reproducción llega reducida ó agrandada, según se quiera.

El procedimiento es el siguiente: Se llenan los

intervalos de las letras y líneas de la plancha original que se trata de reproducir con una sustancia no conductora de la electricidad, y se deja descubierta la superficie de los caracteres. Dispuesta así la plancha, colócase sobre un cilindro de rápido movimiento, que va presentando sucesivamente las letras á diversas agujas magnéticas montadas sobre un bastidor. La corriente se establece á medida que las agujas entran en contacto con las superficies metálicas, y otras agujas magnéticas correspondientes á las de la estación de origen, que funcionan en la estación de destino, dibujan exactamente sobre una preparación química los mismos caracteres trasmitidos. Hecho esto, no queda más que someter la preparación á un procedimiento estereotípico análogo al que se usa para la foto-grabura.

Por el uso de esta invención, si llega á consolidarse, un periódico de Madrid, por ejemplo, podría aparecer en todas las poblaciones donde se hablase castellano casi al mismo tiempo que en la capital.

Un poderoso desinfectante.

Acaba de descubrirse en Europa un desinfectante más poderoso que el ácido fénico, el cloruro de cal y el sulfato de hierro: este nuevo medio químico se llama el *Kataro*, y es una pasta que, disuelta en el agua á la dosis de un trozo como una almendra, desprende una cantidad de oxígeno y absorbe los miasmas instantáneamente. Esta sustancia se ha ensayado hace poco en la *Morgue* de Marsella; depósito de cadáveres de los que mueren víctimas de un crimen ó de alguna desgracia, y que se conservan para consignar su identidad.

Uno de estos cadáveres estaba en completa descomposición y exhalaba un hedor insufrible; una simple aspersion del líquido desinfectante hizo desaparecer en dos minutos aquel hedor. Se han saneado del mismo modo bodegas de buques, depósitos de fábricas y montones de inmundicias.

Aparato contra el mareo.

Se ha inventado uno llamado *faja Edard*, que consiste en un cinturón ancho, de seda, dividido por una especie de bolsitas acolchadas, formando venas paralelas que terminan todas en otra vena principal longitudinal. Cada una de las bolsitas laterales y la vena central están rellenas de un mineral de hierro magnético especial, muy pulverizado.

Por medio de la corriente que establece aquella red, es como el inventor explica la acción que el cinto ejerce sobre el epigastrio y en los músculos del diafragma, para detener sus mudanzas ó variaciones, que, como es sabido, són la causa de los desórdenes producidos en el estómago por el mareo.

La existencia de la corriente magnética se deja conocer desde luego por un desarrollo de calor bastante sensible, que dura algún tiempo después de haberse quitado el cinto la persona atacada del mareo.